

Estudios en torno a la historia de la lexicografía vasca

BLANCA URGELL
UPV/EHU

Abstract

The only aspect of Old Basque dictionaries which seems to have attracted the attention of researchers has been their potential contribution to the lexical inventory of this language: this is an ahistorical, endogenous and utilitarian approach. The method —or lack of it— which underlies this approach brings about serious errors. These errors not only invalidate the conclusions but they also frequently misportray the only history which this research is concerned with: the history of Basque words.

0. Introducción*

Hasta fechas muy recientes, los diccionarios vascos antiguos (entendiendo por tales todos los compilados antes de Azkue [1905-1906])¹ han despertado, en general, un interés limitado: además de presentaciones bio-bibliográficas y algunas ediciones, rara vez críticas, la investigación, sin duda escasa, de este tipo de textos se ha centrado en la reconstrucción de la transmisión lexicográfica de ciertas palabras.

En este trabajo quisiera mostrar que: 1) los diccionarios vascos se han estudiado y valorado exclusivamente en función de su utilidad como medios para completar un ente ideal que podríamos llamar “Diccionario Vasco” y que comprendería todas las palabras antiguas y modernas de la lengua; 2) de este enfoque resulta que el supuesto objeto de estudio se convierte en un continente accesorio —una especie de baúl— donde está almacenado, con mayor o menor acierto y riqueza, el verdadero objetivo de cualquier estudio: las palabras vascas; 3) relegar a la categoría de anécdotas todos los hechos derivados de la naturaleza del diccionario deforma gravemente las conclu-

* Este trabajo está elaborado dentro de los proyectos UPV 033.130-HA055/97, bajo la dirección de J. A. Lakarra, y PI97/49 del GV, bajo la dirección de J. Gorrochategi. Agradezco sinceramente a Ricardo Gómez y Joseba A. Lakarra su paciencia para leer el primer borrador, los sugestivos comentarios que le dedicaron y su apoyo incondicional.

(1) Como se verá, la elección de esta frontera temporal, no sólo es algo establecido y comúnmente aceptado, sino que además resulta de singular importancia en la historia que vamos a reconstruir.

siones de cualquier acercamiento; 4) la única manera de afrontar con alguna garantía el estudio de un diccionario y, en último término, de reconstruir la historia de nuestra Lexicografía, es analizarlo como un objeto histórico, inserto en una tradición lexicográfica concreta (vasca y europea) y, por tanto, comparable por sus características formales y conceptuales con objetos similares de épocas cercanas.

Con estos objetivos, repasaré: los avances efectuados en el aspecto erudito, esbozando una historia —si bien esquemática— de la construcción del corpus de diccionarios vascos, en gran medida compuesto de textos manuscritos (§ 1.); la progresión y estado actual de la publicación de diccionarios antiguos, haciendo especial hincapié en las razones que animan a los editores modernos (§ 2.); el cambio de paradigma lexicográfico que supuso la publicación del diccionario de Azkue y cómo influyó en la orientación tomada por la investigación lexicográfica (§ 3.), en particular haciendo proliferar los trabajos enfocados a completar (§ 3.1.) o corregir (§ 3.2.) su contenido, con especial mención de la labor filológica desarrollada por Michelena (§ 3.3.); las valoraciones que han merecido los diccionarios antiguos vascos, intentando mostrar el error conceptual en que se basan (§ 4.); y las últimas aportaciones al estudio de la lexicografía vasca (§ 5.), definiendo a grandes rasgos sus bases teóricas y presupuestos metodológicos (§ 5.1.) y ejemplificando algunas de las posibilidades críticas que ofrecen, en concreto aquellas que se refieren a los métodos lexicógrafos (§ 5.2.).

1. La construcción del catálogo de los diccionarios vascos

El catálogo de todos —o al menos la mayor parte de— los diccionarios que conocemos actualmente se va construyendo durante el siglo XIX y hasta una fecha que se podría fijar en torno a 1915.

Cuando Larramendi, en 1745, publica el primer diccionario del vascuence, apenas es consciente de los varios trabajos que le han precedido:² manuscritos antiguos, algunos tal vez ya perdidos o en trance de desaparición, a los que no tiene ningún acceso. El lexicógrafo, que ha utilizado cuanto material escrito ha caído en sus manos, hace una lista exhaustiva de todo ello en el prólogo a su obra (Larramendi 1745: xxxiv-xxxviii); la mayor parte de los textos que cita son libros religiosos, pero hay al menos tres obras lexicográficas que ha podido consultar: el diccionario "cortito del Bascuence y Francés" de la Gramática de Martin Harriet, recién publicada (1741),³ el diccionario manuscrito de Nicolao Landuchio (o Landucci) (1562), guardado ya entonces en la Biblioteca Nacional de Madrid,⁴ y el diccionario manuscrito del Doc-

(2) Por ejemplo, entre varios pasajes, se pueden citar los siguientes: "Puedo decir que es Obra original, y en que ha sido precisso dar principio a la fábrica por los cimientos: pues, aunque alguno avia intentado ponerlos [se refiere a Landucci, de quien luego hablaremos], no sé en qué tiempo, los puso con tanta impericia y con mano tan infeliz, que sólo servían a erigir un edificio informe y ruinoso, y fue necesario removerlos como embarazo" (Larramendi 1745, dedicatoria) y "...logra oy el Bascuence tener su Diccionario, que es el que ahora se da a la estampa" (ib. xliii).

(3) En realidad dos vocabularios: vasco-francés (Harriet 1741: 268-323) y francés-vasco (ib. 324-440).

(4) Es una colección de tres vocabularios cortos, castellano-italiano, castellano-francés y castellano-vasco de 328 fols., cuya parte castellana está tomada, casi palabra por palabra, del dicc. castellano-latín de Nebrixa (Gallina 1959: 129, ap. Lakarra 1993: 91); el tercero (fols. 227-328) está incompleto: no hay correspondientes vascos para las palabras castellanas desde *sastra mujer* en adelante y faltan varios en las letras anteriores (Agud & Michelena 1958: 15-16). La parte vasca está anotada por tres manos distintas (ib.

tor Don Juan de Echeberria (o Ioannes de Etcheberri) (c. 1712), que pudo utilizar durante dos días con el permiso del autor.⁵ Es todo lo que puede ofrecer en esta primera —y, por lo demás, muy completa— reseña bibliográfica.⁶

Las dos aportaciones siguientes, complementarias, son producto del creciente interés de la lingüística europea por lenguas poco o nada conocidas y, en particular, por el vascuence. En el segundo volumen de su *Mitbridades* (1809), el filólogo alemán Adelung dedica un capítulo (pp. 9-30) a esta lengua, uno de cuyos apartados (“Litteratur”, pp. 21-23) es una breve reseña de las obras que conoce sobre o en euskera.⁷ El capítulo citado fue corregido y aumentado por Humboldt en las *Berichtigungen und Zusätze* [1817], que, entre otras cosas, nos proporciona así el primer catálogo de alguna extensión sobre lexicografía vasca. En total, llegan a reunir ocho publicaciones: Larramendi 1745,⁸ Bullet 1759,⁹ dos ediciones distintas del *Tresora* de Voltaire (varias ed. desde 1620),¹⁰ Harriet 1741,¹¹ el *Vocabula-*

17 y ss.), sin duda informantes vascos, como ya notó Larramendi (1745: xxxvi). Tendremos luego ocasión de exponer más detalles acerca de este diccionario y especialmente de su edición moderna (Agud & Michelena 1958), de singular importancia en la dirección tomada por los estudios sobre la Lexicografía Vasca.

(5) Es un diccionario cuatrilingüe (bascuence-castellano-francés-latín), hoy perdido, que a juzgar por la descripción de Larramendi (1745: xxxvi) no debía de ser muy extenso. Hay un diccionario de similares características (conocido como “Sbarbi-Urquijo”) pero de mano posterior, que ha despertado algunas esperanzas en el sentido de que pudiera ser copia o remodelación del de Etcheberri: la bibliografía sobre este tema se cita en la n. 70.

(6) En cuanto a publicaciones, las cosas no han cambiado en absoluto cuando el P. Zavala O.F.M. redacta un catálogo con el objetivo de completar la lista de Larramendi con las obras aparecidas posteriormente, aunque es obvio que el autor conoce varios de los manuscritos que citaremos más adelante, como su propia obra (el “ms. de Ochandiano”), la de su compañero el P. Añibarro o las de su corresponsal Mr. Lécluse. Dicho catálogo se publica en 1856, pero la obra ha de ser anterior a 1840, fecha de la muerte del autor; en concreto, de entre las obras reseñadas, la más moderna parece ser el *Escu Liburnia* de Cardaveraz (Tolosa, 1826), recogida con el n.º 24 en el catálogo de Zavala.

(7) Véase una reseña biográfica y la descripción de los avatares de la publicación de esta obra, parcialmente póstuma, en Urquijo 1933.

(8) Adelung 1809: 21 y Humboldt [1817]: 105.

(9) Adelung 1809: 21, que parece citar uno solo de los tres tomos de la obra (1744-1760). Contiene un *Dictionnaire celtique* donde aparecen intercaladas palabras vascas tomadas del Nuevo Testamento de Leizarraga (1571), según explica Vinson ([1891-98]: 674, n.º 1041). A las fuentes (Leizarraga, Voltaire, Larramendi, Oihenart y un vocabulario vasco-irlandés-escocés-galés-córnico manuscrito) que el autor reconoce explícitamente, Aquesolo 1967 añade “el trato directo del autor con gentes de diversas procedencias y dialectos”; aunque Larramendi constituya la más explotada.

(10) Una es, sin lugar a dudas, la de Bayona 1642 (Adelung 1809: 21-22, Humboldt [1817]: 106), cuyo único ejemplar conocido se encuentra en la Biblioteca Imperial de Viena (Vinson [1891-98]: 57, n.º 12b). Adelung atribuyó la autoría a un tal Vincent García Ordoñez de Lloris, dato que Humboldt puso en duda. Vinson (*loc. cit.*) explica que dicho nombre aparece escrito a lápiz sobre el título, y piensa que se puede tratar del propietario del libro. La otra edición (Humboldt *ibid.*) tiene el título (seguramente no completo) de *Tresor des trois langues Française Espagnole et Basque —avec un mémoire— composé de toutes sortes de mots très curieux etc. A Bayonne*, sin fecha. Se trata de alguna de las múltiples ediciones de esta obra (no, desde luego, Vinson 12a, 12b o 12c, de las que difiere sustancialmente en el título). Humboldt señala, por una parte, que la primera “...no contiene más que un simple vocabulario y algunas tablas. Esta obra está por otra parte escrita en dialecto labortano”; y dice que la segunda es: “Una obra semejante a la precedente, pero que no es de todo punto la misma (...). Los diálogos de estas dos obras parecen estar en parte tomados los unos de los otros: no obstante siempre con cambios. El vocabulario falta en mi ejemplar”. Es una obra de tradición compleja y mal estudiada. En general, véase Lakarra (1993: 39-54) y la edición parcial de Urkizu 1971. Añádanse ahora Lakarra 1997 y 1998.

(11) Adelung 1809: 22 y Humboldt [1817]: 106.

rium Petropolitanum,¹² Moguel 1801¹³ y Goldmann 1807.¹⁴ Humboldt aporta noticias sobre seis manuscritos, de entre los cuales conoce de primera mano Pouvreau 1665,¹⁵ las notas de Oihenart (1665),¹⁶ Aizpitarte 1785¹⁷ y una breve *Table des choses...*,¹⁸ además, revela la existencia de un “manuscrito casi ilegible” de Du Halde (léase Duhalde)¹⁹ que no ha podido ver, y se remite a Larramendi (*loc. cit.*) para reseñar los de Juan de Echeverría y Landuchio. Es un catálogo de desigual interés lexicográfico; con todo, hay que destacar en él el conocimiento directo (y la difusión de la existencia) de algunos manuscritos fundamentales, como el de Pouvreau.

(12) “Mehrere einzelne Worter besinden sich in dem Vocabul. Petropol. No. 15, wo aber *Basque* irrig von *Bascuenze* unterschieden wird” (Adelung 1809: 22-23). Humboldt, por su parte, comenta: “Las palabras vascas están tan inexactamente citadas (...), que entre las veinte primeras, no hay más de ocho que se puedan citar como libres de defectos” (Humboldt [1817]: 106). No encuentro ninguna referencia más a esta obra.

(13) El comentario de Humboldt ([1817]: 107) puede ser una buena descripción: “...colección solamente muy incompleta de palabras peculiares a los dialectos guipuzcoano y vizcaíno. Las primeras están colocadas por orden alfabético, con las vizcaínas y castellanas puestas al lado”. No parecen seguras la fecha ni el lugar de la primera edición (Vitoria, Larumbe, 1801), propuestos por San Martín (1959: 43) y repetidos en Bilbao (1978-81, que seguramente no lo ha visto, porque no da detalles habituales, como tamaño, etc.). El editor moderno (Villasante 1964: 62) conoce dos impresiones: la de 1802 y otra, que es la supuesta primera, pero que carece de fecha, pié de imprenta y nombre de autor. Por otra parte, Humboldt explica que Moguel (un muy conocido escritor vasco) “ofrece al mismo tiempo escribir un diccionario completo de los tres dialectos vascos, el cual, no obstante no se ha publicado” (*ibid.*), idea en la que abunda el editor de 1898 (sin duda, Azkue; p. 314), suponiendo que su temprana muerte (1804) truncó el proyecto.

(14) Humboldt [1817]: 108-109. Al parecer, contiene listas temáticas de palabras en las tres lenguas estudiadas. V. tbn. Vinson [1891-98]: 263-264, n° 172.

(15) Es un diccionario vasco-francés (también con partes en castellano y latín), inédito, que se conserva en la Biblioteca Nacional de París, en tres copias distintas, que corresponden a tres versiones sucesivas del diccionario: una completa (213 fols.), que es la que ha tenido más difusión; otra que abarca desde *cafarada* hasta *xusquerria*; y una tercera, muy breve (*arreba-aztovea*), recientemente identificada (Bilbao 1992, de donde tomo el grueso de los datos; v. tbn. Kerejeta 1991 y Lakarra 1993: 98ss). El objetivo final del autor era realizar un *Dictionnaire Basque, François, Espagnol et Latin* (como ha mostrado Bilbao, *op. cit.*). La fecha que aparece al final del segundo manuscrito (BNP 8) es el 16 de octubre de 1663, pero Kerejeta ha probado (*op. cit.*) que Pouvreau trabaja en su obra hasta mediados de 1665, fecha que uso como referencia.

(16) Colección de seis cartas manuscritas, simples listas de palabras vascas con su explicación en francés, remitidas por Oihenart a Pouvreau y guardadas en la Biblioteca Nacional de París junto a una de las versiones de su diccionario. Han sido publicadas, con desigual fortuna, por Burgaud des Marêts 1866, Urquijo 1910 y Kerejeta 1991. En la última edición, además de añadir una carta relegada explícitamente por los editores anteriores, se reestablece la sucesión cronológica y se demuestra que todas ellas son del año 1665.

(17) Humboldt ([1817]: 111) ofrece los siguientes datos: “Es el ensayo de un Diccionario que la Sociedad Bascongada quería publicar. Contiene por orden alfabético todas las palabras vascas que comienzan por *ar* y ofrece la sola ventaja de indicar todas las palabras derivadas y compuestas de cada voz y la de suministrar por este medio una ojeada mejor de la formación de las palabras vascas. Hay en esta obra sólo algunas más voces primitivas que en Larramendi”.

(18) El título completo es *Table de las choses les plus usuelles en guise de Dictionnaire François et basque pour un François commençant à apprendre le Basque*; al parecer, estaba incompleta (sólo hasta la letra S) y su fuente principal es Harriet 1741. En cuanto se me alcanza, hoy es desconocida.

(19) Se trata, como interpreta también Aizquibel ([1853]: iv), del escritor vasco Martin Duhalde (1733-1804). Según Humboldt ([1817]: 111) eran tres volúmenes en folio.

Esta primera lista es completada por Aizquibel en el prólogo a su propio diccionario ([1883], prólogo escrito en 1853),²⁰ empleando una versión manuscrita en castellano de la obra de Humboldt que encargara a tal efecto (Urquijo 1933: 450-452). En realidad añade muy poco,²¹ pero intenta localizar las obras mencionadas por su precursor —Pouvreau,²² Duhalde,²³ Landucci²⁴ y, tal vez, Azpitarte (sic)²⁵— y precisa alguna de sus noticias; en concreto, establece la diferencia entre los homónimos Juan Echeberri de Sara (citado por Larramendi, *loc.cit.*) y Juan Echeberri de Ziburu (citado por Pouvreau y Oihenart en su correspondencia; v. Urquijo 1909), que Humboldt había confundido, y deduce correctamente que se trata de dos diccionarios distintos. Las adiciones, de poco peso, son ambas modernas: los dos vocabularios “cortos” de la Gramática de Lécluse (1826) y el *Prospecto* del mismo autor (1827) anunciando un gran diccionario que “por falta de suscritores no llegó a imprimirse”.

En cualquier caso, este trabajo no se publica sino en 1883, y el texto de Humboldt no apareció en lengua más accesible hasta la traducción castellana de 1933. Entre tanto, parece ser que algunas noticias, más o menos veraces, acerca de la existencia y paradero de los diccionarios anteriores circulaban en ciertos medios vascófilos.²⁶ Al tiempo de nacer una de las primeras revistas de tema vas-

(20) El diccionario parece ser que estaba concluido mucho antes, puesto que cifra su inicio en 1822 y precisa que “...ya le tengo concluido al cabo de diez y seis años de trabajo en cuatro tomos en folio” (ap. Urquijo 1933: 452).

(21) Tal vez el añadido más curioso sea el diccionario inverso de Larramendi hecho por el propio Humboldt, que su autor ([1817]: 105-106) define así: “...mi primer trabajo ha sido formar según el diccionario de Larramendi otro vasco-español (por decirlo así, una obra que pueda ser su índice). Este es, pues, del que yo me sirvo siempre en mis trabajos sobre esta lengua, después de haberle aumentado, sirviéndome de otros trabajos para el efecto”. Y Aizquibel concluye (ibid.): “...resultando de aquí un verdadero Diccionario Basco”.

(22) No sólo consigue localizarlo en la Biblioteca Nacional de París, sino que, además, lo copia “en billetes” entre 1827 y 1828, para emplearlo como fuente en su diccionario, signo evidente de que su interés por el trabajo de Humboldt era más lexicográfico que bibliográfico; la traducción ha de ser, por otra parte, cercana a la fecha de inicio del diccionario (1822; Aizquibel ap. Urquijo 1933: 452). Completa las noticias de Humboldt con una cita de Abbadie 1836, muy precisa en la descripción de los manuscritos (Aizquibel [1883]: i-ii).

(23) “Desde el año 1828 hasta ahora (1853) no he dejado de practicar las más exquisitas diligencias, y no he podido adquirir noticia alguna de semejante obra, a pesar de mis muchas relaciones en aquel tiempo en Burdeos” (Aizkibel [1883]: iv). En realidad, la cita de Humboldt es la única referencia sobre este diccionario; es sintomático que Villasante 1979, obra especialmente abundosa en detalles, no recoja mención alguna al respecto.

(24) Lo busca en la Biblioteca Nacional de Madrid y sentencia: “No existe ya” (Aizquibel [1883]: iv). Desgraciadamente, cita a “Lendulius” y, sin duda, la inexactitud en el nombre hubo de interferir en su búsqueda.

(25) Según Azkue ([1905-1906]: xiv), Aizquibel habría despojado completamente este diccionario, opinión reproducida en Villasante (1979: 127), y tergiversada por Urquijo (1905: 409), quien sacó la peregrina conclusión de que “...la obra de Aizkibel viene a ser (...) una reproducción del manuscrito de Aizpitarte...”. En realidad, como señaló Michelena (1965: 126), Aizquibel ha copiado punto por punto la descripción de Humboldt, lo que indica, en primer lugar, que sin duda no tuvo acceso al manuscrito y, en segundo, que las coincidencias entre ambos diccionarios son debidas a una fuente común, fundamental en ambos casos: Larramendi 1745.

(26) Esto entronca directamente con el tema que trataremos en § 2.1, a saber, la necesidad de contar con algún diccionario vasco como instrumento de trabajo y consulta.

co,²⁷ *Euskal Erria* (1880-1918), Manterola —creador y animador de la misma— abre una sección para recoger y, en su caso, responder preguntas relacionadas “...con la historia de la lengua, la literatura y la bibliografía bascongadas” (1880: 27). Pues bien, las tres primeras entregas de la sección tienen relación directa con el tema que nos ocupa y nos permiten tantear la calidad y cantidad de los conocimientos de la época.

El autor anónimo (“Uno de nuestros apreciables amigos de Bilbao”, Manterola 1880: 45) de las tres primeras cuestiones se pregunta sobre la eventual publicación y/o localización de seis diccionarios, pero sus informaciones son bastante inexactas²⁸ y Manterola tiene oportunidad de rectificar algunas de ellas:²⁹ 1) remite a Larramendi 1745 (*loc. cit.*) para desmentir la publicación del de Etcheberri de Sara;³⁰ 2) identifica correctamente el “diccionario de la Real Academia Bascongada” con Azpitarte (*sic*, de nuevo) 1785; 3) precisa la localización de los manuscritos de Aizquibel y Novia de Salcedo; y 4) niega la existencia de un nuevo Larramendi en la Academia de la Historia de Madrid. Posteriormente, gracias a la colaboración del P. Arana (1880: 166-168), podrá aún añadir las siguientes precisiones: 1) el manuscrito de Azpitarte (*sic*, ahora bien), que se encontraba en poder de los herederos, fue regalado por éstos al dicho padre no bien se interesó por él;³¹ 2) el manuscrito de Novia de Salcedo perteneció hasta su muerte al P. Uriarte, y pasó luego a manos del P. Arana,³² que ofrece una descripción detallada del mismo; y 3) revela la existencia de un diccionario manuscrito, vasco-castellano, de Larramendi, si bien no indica su localización.

La cuarta cuestión (planteada por “uno de nuestros suscritores de Orduña”, Manterola 1880: 82) se refiere, en lo que nos interesa, a la posibilidad de adquirir algún diccionario vasco impreso. Manterola sólo le habla de dos: el castellano-vasco de Larramendi (1745), y el “pequeño manual” vasco-castellano de Eguren (1876).³³

(27) Concretamente, la segunda; la primera fue la *Revista Euskara* (Pamplona 1878-1883).

(28) Su fuente para los diccs. de Aizquibel, Novia de Salcedo, Etcheberri de Sara y Azpitarte es la obra *Claros varones de Guipúzcoa que han pertenecido a la Compañía de Jesús* (Tolosa, 1870, [ap. Bilbao 1978-81, s.v. *jesuitas*), en concreto el capítulo consagrado a la bibliografía de Larramendi (Manterola sitúa la referencia en la pág. 274 de dicha obra que no he podido consultar). Para el supuesto diccionario manuscrito de Larramendi, tan sólo dice “según he leído”; no cita fuente para el “diccionario alemán-bascongado” de Humboldt, y piensa erróneamente que se trata del tomo 4 del *Mithridates* de Adelung.

(29) Apenas nada puede decir del dicc. de Humboldt, que desconoce, ni de la obra de Adelung, que no ha podido ver. En cambio, cita las *Adiciones y Correcciones* (sin percatarse, al parecer, de la autorreferencia de Humboldt, citada aquí en la n. 21) y nótese que, casi con toda seguridad, está usando la traducción castellana encargada por Aizquibel, que en algún momento llegó a su poder (Urquijo 1933: 448): el dato relevante podría ser *Azpitarte* (*sic*, por *Azpitarte*) en ambos.

(30) Y añade: “...lo más posible es que del trabajo del escritor labortano no haya llegado a nuestros días más que lo que buenamente entresacó de él para su Diccionario trilingüe el P. Larramendi; tal es el abandono con que en nuestro país se han mirado generalmente tareas de esta índole” (*op. cit.* p. 46).

(31) El manuscrito pasó a la Biblioteca de Loyola (Sección 3^a, serie 1^a, n.º 47) (Michelena 1965: 126).

(32) Versión que contrasta con la primera noticia de Manterola, en el sentido de que se encontraba en poder de la familia del autor.

(33) Manterola está hablando de diccionarios publicados en España; parece evidente, pues, que conocía varias de las obras que se acababan de publicar del lado francés de la frontera, como vamos a ver. Por otra parte, anuncia la publicación en números inmediatos de la revista de “... una Breve noticia de todas las gramáticas y diccionarios bascongados que se han escrito, y de que tengo conocimiento” (1880: 83), proyecto que, que sepamos, no llevó a cabo.

Pocos años después, en el prólogo a la primera edición del diccionario de Novia de Salcedo ([1883]: xvi), Arístides de Artiñano, con pretensiones de totalidad,³⁴ cita sucintamente cinco publicaciones, Larramendi 1745, Moguel 1801, Chaho 1856,³⁵ van Eys 1873 y Aizquibel 1883, y seis inéditos —Pouvreau, Echeverri, Azpitarte (sic, de nuevo), Astarloa (c. 1802)³⁶ y Duvoisin (a. 1891)—. Como puede verse, su fuente para las obras más antiguas es seguramente Aizquibel, mientras que casi todos sus añadidos son obras posteriores a 1850, entre los que hay que destacar el ms. de Duvoisin, prácticamente contemporáneo.

La siguiente colección (Vinson 1877)³⁷ entra ya de lleno en el mundo de la Bibliografía Vasca, precisamente de la mano de una de sus figuras más importantes. Supone un gigantesco salto, tanto en la cantidad de las obras reunidas como en la precisión de los datos, aunque sólo sea un pequeño adelanto de la imprescindible de Vinson [1891-98]. Cita en total 15 obras impresas: Voltaire (c. 1620),³⁸ Larramendi 1745 (y la 2ª ed. de 1853),³⁹ Moguel 1801,⁴⁰ Goldmann 1807,⁴¹ Astigarraga 1825,⁴² Lécluse 1826 y 1827,⁴³ Archu 1852,⁴⁴ Salaberry 1856,⁴⁵ Chaho 1856,⁴⁶ Latasa 1856,⁴⁷ la primera ed. de las notas de Oihenart (Burgaud des Marêts 1866),⁴⁸ Egu-ren 1867,⁴⁹ Fabre 1870,⁵⁰ Gèze 1873⁵¹ y van Eys 1873.⁵² Y nueve manuscritos (*op.*

(34) "La lexicología bascongada puede decirse que se reduce a..." (ibid.).

(35) Precisa "que se empezó a publicar en 1856 y no se terminó, ignoramos por qué causa" y, en efecto, sólo contiene la parte "A-Manteliña".

(36) Sobre el proyecto de Astarloa, inacabado, véase Garate 1936: 150-153.

(37) No he encontrado ningún catálogo septentrional anterior: he revisado el capítulo "Bibliografía" de Michel ([1857]: 476: 532), pero se ciñe a la literatura.

(38) Cita hasta 6 eds. distintas (*op. cit.* pp. 127-129, n^{os} ii-vii).

(39) *Op. cit.* pp. 131-132, n^{os} xiv-xv.

(40) Sólo conoce la referencia de Humboldt (Vinson, *op. cit.* p. 133, n^o xxi); en [1891-98] (p. 254, n^o 160) la data, aproximativamente, "vers 1804". Según parece, no llegó a ver ningún ejemplar.

(41) *Op. cit.* p. 133, n^o xxxiii.

(42) Cita ocho eds. en total, la última de 1876 (*op. cit.* pp. 133-134, n^{os} xxxvi-xxxiv). Es un pequeño diccionario manual tan conocido en la época (Vinson [1891-98]: 276-278, n^o 198, recoge ya 20 eds.) como minusvalorado después.

(43) *Op. cit.* pp. 134-135, n^{os} xxxvi y xl. Explica que del diccionario a que hace referencia Lécluse 1827 (del que ya hablara Aizquibel) existen numerosas copias y que una de ellas, del mismo autor, se conserva en la Biblioteca Pública de Pau.

(44) *Op. cit.* pp. 137-138, n^{os} liv-lvi (3 eds.). Gramática vasco-francesa, con un pequeño vocabulario vasco-francés (dividido en tres secciones: nombres, adjetivos y verbos) al final (Archu [1868]: 188-212).

(45) *Op. cit.* p. 138, n^o lviii. Vocabulario dialectal (bajo-navarro), con traducción francesa.

(46) *Op. cit.* p. 138, n^o lx. Precisa que, además de estar inacabado (como ya sabemos: cf. n. 35), corresponde a la primera parte del proyecto del diccionario, la cual debía comprender sólo los préstamos.

(47) *Op. cit.* p. 139, n^o lxxvii. Pequeño diccionario cuatrilingüe, "hispano-francés-anglo-vasco" dice el título, "...con ilustraciones al margen representando todos los objetos susceptibles de ser interpretados por el dibujo" (datos tomados de Vinson [1891-98]: 325, n^o 350). Urquijo (ibid.) afirma que su ejemplar lleva la fecha de 1867.

(48) *Op. cit.* p. 139, n^o lxxix.

(49) *Op. cit.* p. 140-141, n^{os} lxxxviii-lxxx. La primera parte (pp. 1-128) es un diccionario vasco-castellano, del que en 1876 y 1868 se hicieron tiradas aparte, según explica el mismo Vinson. En [1891-98]: 329-330, n^o 372, recoge dos eds. más.

(50) *Op. cit.* p. 141, n^o lxxxiii. Diccionario francés-vasco de 400 pp.

(51) *Op. cit.* p. 142, n^o lxxxv. Gramática del dialecto suletino, con dos vocabularios (vasco-francés y francés-vasco) al final (pp. 261-316 y 317-355 respectivamente).

(52) *Op. cit.* p. 142, n^o lxxxviii. Diccionario vasco-francés de 415 págs.

cit. pp. 143-144): Pouvreau, las notas de Oihenart, Aizpitarte,⁵³ la *Table des choses...*,⁵⁴ Landucci,⁵⁵ Etcheberri de Sara,⁵⁶ Duhalde,⁵⁷ Hiribarren⁵⁸ y Novia de Salcedo.

Sorarrain 1891 poco puede añadir a esta magnífica colección, de la que es muchas veces deudor. En su "Índice de materias" (añadido en la ed. moderna) hay catalogadas 23 obras bajo el epígrafe "Diccionarios" (*op. cit.* 497), de las cuales 21 están directamente relacionadas con la *Lexicografía Vasca*. Además de muchas de las obras ya citadas (pero no los manuscritos),⁵⁹ se reseñan por primera vez, junto a otras menores, como Germond de Lavigne 1855 (nº 700),⁶⁰ las recientes ediciones de Aizquibel 1883 (nº 1322),⁶¹ Novia de Salcedo 1887 (nº 1383) y Lacoizqueta 1888 (nº 1409),⁶² además de la primera edición del manuscrito de Micoleta (Sampere 1881 [1653],⁶³ nº 1216) y recoge ya hasta 21 eds. de Astigarraga 1825 (nº 477), además de su "arreglo al dialecto vizcaíno" (1884: nºs 477 y 1311).⁶⁴

El índice de Vinson ([1891-98]: 445), bajo el epígrafe "Grammaires et dictionnaires", si bien poco novedoso, puede ser un documento valioso para conocer lo que quizás eran, a juicio del autor, los trabajos imprescindibles a la hora de hablar de *Lexicografía Vasca* (dejando de lado los manuscritos):⁶⁵ además de las gramáticas (Archu 1852, Gèze 1873) aparecen citados Larramendi 1745, Moguel 1801, Astigarraga 1825, Lècluse 1827, Chaho 1856, Salaberry 1856, las notas de Oihenart en la

(53) Su noticia procede de Humboldt.

(54) Añade a la información dada por Humboldt que se trata de 28 hojas en 4º, por orden alfabético, y que se acaba en la palabra *médiocre*.

(55) Sus noticias proceden de Larramendi.

(56) Sigue principalmente a Humboldt, ya que lo identifica con el Etcheberri citado por Oihenart.

(57) También en este caso su fuente única es Humboldt.

(58) Primera mención a este manuscrito de mediados del s. XIX, elaborado por el escritor vasco J. M. Hiribarren (1810-1866 [Vinson dice 1869]). Es un dicc. vasco-francés y Vinson precisa que se encuentra en San Juan de Luz, en casa de uno de los sobrinos del autor. Según explica Lhande (1926: XIX-XX), en 1862 estaba ya listo para su impresión, y existen dos copias: una completa, autógrafa (70 cuadernos de formato escolar) y otra inacabada, debida a diversos copistas. Hoy permanece inédito, y sólo conocemos parte de su contenido a través de Lhande 1926, del que es fuente confesa.

(59) Salvo el del diccionario de Lècluse, del que repite las noticias de Vinson (Sorarrain 1891: 231, nº 488).

(60) Del que dice: "Contiene un pequeño vocabulario francés, gascón, español y basco en cuatro columnas".

(61) Sorarrain dice 1884 y Vinson ([1891-98]: 394, nº 610), propone 1885 como fecha de la edición s.d., si bien especifica que fue publicado "...par livraisons mensuelle à partir du 1^{er} octobre 1883". Urquijo (*ibid.*), en cambio, dice que lleva la fecha de 1883.

(62) Es un dicc. botánico de 200 págs.

(63) Sorarrain recoge erróneamente 1659, fecha que aparece en el título de la edición. Se trata de un manual de lenguas, de 15 fols., con algo de gramática y poesía, diálogos y un breve vocabulario vasco-castellano (de unas 750 palabras). Hay eds. posteriores: Dodgson 1897, Michelena 1964 (recoge sólo el apartado "Modo de la vizcayna poesía y sus versos"), Sarasola 1983 (sólo el diálogo en vasco y castellano), y Zelaieta 1988, y los estudios de Dodgson 1898 y Lakarra 1993: 54-62.

(64) Pese a la contradicción existente entre las siglas "E. A. B." (nº 477) y "F. A. Y B." (nº 1311), se trata de la misma obra (y tal vez la misma edición) y el autor ha de ser, sin duda, el escritor vasco Felipe Arrese Beitia (1841-1909).

(65) En cualquier caso, recoge en la "Notice de quelques Manuscrits basques antérieurs au XIX^e siècle" [1891-98: 657-664] el de Pouvreau (nºs 1-3), del que ya había hablado en *ib.* 119-121 y 130 de la misma obra, así como del de Urte (nº 4-6), del que había hablado en *ib.* 23-25 y 526-527.

ed. de Burgaud des Marêts (1866 [1665]), Fabre 1870, van Eys 1873, Eguren (1876-1878), Aizkibel 1885, Novia de Salcedo 1887 y el lexicón de Dechepare elaborado por Stempf (1889).⁶⁶

En este fin de siglo se dan a conocer, por otra parte, los suplementos de Araquistain al diccionario de Larramendi ([1746]; Fita 1881), el vocabulario de la Gramática de Urte (1712; Vinson & Clark 1893) y su diccionario (Webster 1893 y 1895) y se añaden noticias sobre el de Duvoisin (Haristoy 1895).

El catálogo queda al fin prácticamente cerrado en el prólogo del diccionario de Azkue ([1905-1906]: xiii-xv): entre las obras publicadas cita Larramendi 1745, Araquistain [1746], Moguel 1801, Salaberry 1857, Fabre 1870, van Eys 1873, Gèze 1873, Aizkibel 1883 y Novia de Salcedo 1887, y conoce directa o indirectamente los manuscritos de Pouvreau 1665, Aizpitarte 1785, Añibarro (c. 1808), Lécluse (c. 1827), Zavala (el llamado "manuscrito de Ochandiano", a. 1840), Duvoisin (a. 1891), Joannateguy (c. 1900), F. Segura (?),⁶⁷ además de las notas de Oihenart a Pouvreau (1665) y los comentarios de Arrue al diccionario de Larramendi (a.1890).

En el mismo año en que se publica el primer tomo del Azkue, Urquijo (1905) hace una recapitulación, en la que reúne, además de los citados por Azkue, noticias sobre Urte y cita, de segunda mano, el diccionario de Darricarrère (1900).⁶⁸

Después de esto, y hasta la fecha límite que hemos establecido en 1915, generalmente a través de la *Revista Internacional de Estudios Vascos* y de la mano de Julio de Urquijo, se consiguen reunir los datos que conocemos sobre el diccionario ms. vasco-francés-latín-castellano de Bidegaray (1675-1679; Dubarat 1914) y sobre el *Diccionario trilingüe tagalo-castellano-cántabro* de Oyanguren (a. 1747; Urquijo 1908 y Pérez 1909),⁶⁹ se presenta el diccionario llamado "Sbarbi-Urquijo" (quizás de finales del s. XVIII)⁷⁰ —crucialmente tenido por copia o remodelación del diccionario perdido de Etcheberri de Sara—, se constata que en el diccionario de Pouvreau, bajo la abreviatura "E." se esconden entradas del diccionario perdido de Etcheberri de Ziburu (c. 1630; Urquijo 1909) y se editan de nuevo las notas de Oihenart al diccionario de Pouvreau (1665; Urquijo 1910).

Si bien la historia de las noticias recogidas sobre los diccionarios antiguos vascos está aún por hacer, diría que desde 1915 en adelante los únicos descubrimientos rele-

(66) Es el primer lexicón reseñado de una obra literaria antigua: las poesías de Dechepare (1545), primer libro impreso en vascuence.

(67) Cf. Urquijo 1905: 410, sobre F. Segura y las notas de Arrue: "...no los conocemos, y únicamente tenemos noticias de ellos por el prólogo del Sr. Azkue".

(68) Es un dicc. vasco-francés-castellano de 176 págs., comprendiendo sólo hasta *artzi* (datos ap. Bilbao 1978-81).

(69) Pérez recoge las noticias que sobre Oyanguren se conservan en el *Archivum Franciscanum Historicum* y observa que "El P. Civezza dice [*Saggio di Bibliografia*, pág. 440] que se guarda en el Archivo de esta Provincia de S. Gregorio [Filipinas], lo cual por desgracia no es cierto" (*op. cit.* p. 23). Posteriormente han aparecido, sobre el mismo tema, Omaechevarría 1949 (citado por Villasante 1979: 97, n. 58) y Garate 1972, que indica: "Este Diccionario Trilingüe inédito, según Civezza, se quemó con la biblioteca del orientalista berlinés Klapproth" (*op. cit.* 100), sin detallar bibliografía.

(70) Cf. Urquijo 1907: 81-83, Mixelena 1970: 29-31, Etxebarria 1990, Bilbao 1991: 766-767 y Lakarra 1993: 76-88.

vantes son las escasas noticias que conservamos sobre los diccionarios perdidos de Iru-riaga (c. 1840)⁷¹ y Lardizabal (c. 1850)⁷² y la aparición del diccionario plurilingüe de Joan Felipe Bela (p. 1745; Peillen 1983). En cualquier caso, trabajos similares, si bien no con la frecuencia y novedad de los reseñados anteriormente, siguen apareciendo en los años anteriores y posteriores a la Guerra Civil, dando noticia de algunos diccionarios que todavía permanecen manuscritos, como Hiribarren (Lhande 1925), Aizpitarte (Akesolo 1954, Michelena 1965, Garate & Ruiz de Arbulo 1971), etc.⁷³ Desde la perspectiva histórica, con todo, se han hecho avances evidentes: un buen ejemplo, especialmente rico, puede ser el trabajo de Urkizu (1989) sobre la época y las vicisitudes biográficas de Urte.

En cambio, por diversas circunstancias,⁷⁴ varias noticias asentadas en la época anterior se perdieron durante largos años. Dos ejemplos significativos: Aizquibel ([1853]: iv) afirma del diccionario francés-vasco de la gramática de Lécluse (1826) "...que es copia mejor ordenada de los vocabularios de la Gramática de Mr. Harriet"; por otra parte, el P. Arana cita (Manterola 1880) la existencia del *Diccionario Castellano-Vasco* de Larramendi (a. 1766), si bien no detalla su localización. Los editores modernos del primero (Lakarra & Urgell 1988) consiguen detectar la fuente sin conocer la afirmación de Aizquibel; el del segundo (Altuna 1967), por su parte, ha de presentar el diccionario, con toda razón, como desconocido.

En los últimos años han aparecido dos trabajos recopilatorios muy completos: Arzamendi 1981⁷⁵ y Urkizu 1989 (I, 467-474).

2. Publicaciones

Poquísimos lexicógrafos vascos consiguieron ver publicadas sus obras en vida, debido a razones socioeconómicas fácilmente intuibles pero sólo incidentalmente estudiadas. Los autores se ven, en los casos más conocidos, desamparados por las instituciones (Bidegaray,⁷⁶ Etcheberri de Sara⁷⁷) o bien por la iniciativa privada (Léclu-

(71) Recogidas en su correspondencia (Garmendia 1968) y comentados por Lakarra (1985b: 451-452).

(72) Puede consultarse Urgell 1995: xxi-xxxiii, que reúne y analiza los escasos datos que poseemos sobre el diccionario de Lardizabal. Todos ellos proceden de Garmendia 1980.

(73) Muchos de estos trabajos están recogidos en las notas anteriores.

(74) Generalmente relacionadas con la despreocupación por los diccionarios antiguos que caracteriza al período 1905-1958 (v. § 2.2).

(75) Sería totalmente injusto olvidar la importante excepción que constituye este trabajo (1981), único intento hasta la fecha de clasificar los diccionarios vascos, en concreto intentado ceñirse a los parámetros de Malkiel (1967). El guía elegido es, sin duda, el mejor, pero el trabajo queda lastrado, a mi modo de ver, tanto por la dificultad intrínseca de esta tarea (como el mismo Malkiel resalta), como por el tipo de valoraciones previas sobre los diccionarios vascos en que se basa el autor (para este último tema, v. § 4).

(76) Autor de un diccionario y unos "rudimentos" de gramática, pidió ayuda para su publicación a los Estados de Navarra en dos ocasiones (1675 y 1676). Aunque al fin logró su aprobación (1677), diversas circunstancias (entre las que se halla su fallecimiento, en 1679) impidieron la iniciativa y, al cabo, los manuscritos debieron de perderse en tiempos de la Revolución (Dubarat 1914).

(77) Recurrió al Biltzar de Ustaritz (1718) para la publicación de su diccionario y unos rudimentos de gramática para aprender latín, que no merecieron ninguna atención.

se⁷⁸): se trata, qué duda cabe, de un producto especialmente arriesgado, sujeto como pocos a la existencia de un ambiente cultural propicio. En cualquier caso, la incidencia de este tipo de sucesos ha sido significativamente mayor, en proporción, que la experimentada por la literatura vasca en general y ha provocado la pérdida quizás irreparable de varios diccionarios importantes, como los de Etcheberry de Ziburu (c. 1630)⁷⁹ o Jacques de Bela (1568-1667), y los citados de Bidegaray, Etcheberry de Sara, Oyanguren, Iturriaga, Lardizabal y Joannateguy.⁸⁰

Con todo, poco a poco, desde finales del s. XIX, coincidiendo con lo que se ha venido denominando “Renacimiento”,⁸¹ algunos de ellos han llegado a la imprenta.⁸² Creo que se pueden distinguir con cierta nitidez tres etapas en este proceso, cada una de las cuales está guiada por intereses radicalmente distintos que intento resumir, a modo de presentación, con un lema: 1) 1800-1905: “necesitamos un diccionario”; 2) 1905-1958: “ya tenemos diccionario”; y 3) desde 1958: “¿tenemos *todo* el Diccionario?”.

2.1. 1800-1905: “Necesitamos un diccionario”

En esta época, el único diccionario accesible durante largo tiempo, algo más de un siglo, es el de Larramendi (1745). Llega un momento en el que ni siquiera es fácil conseguir ejemplares de tan antigua publicación.⁸³ Los vascófilos que se preocupan por el tema, Iturriaga puede ser un buen ejemplo,⁸⁴ sienten la necesidad de completarlo y renovarlo o, cuando menos, intentar su reimpresión. El segundo objetivo no se consiguió hasta 1853. Para el primero hubo que esperar algo más:⁸⁵ a pesar de que

(78) Ya hemos visto (§ 1) que no se imprimió su diccionario por falta de suscriptores, según la noticia dada por Aizquibel.

(79) Contrasta vivamente la desatención sufrida por su diccionario con la publicación (y reedición) de sus tres obras de devoción: *Manual Devotionezcoa* (1627, 1669; v. Vinson [1891-98]: n.º 14), *Noelac* (1631, 1645, 1697, 1699, etc.; ib. n.º 15) y *Eliçara erabiltceco liburua* (1636, 1665, 1666; ib. n.º 17). En total, en el s. XVII se publican o reeditan 39 obras en dialecto labortano (Sarasola 1976: 182), mientras quedan inéditos los dos diccs. de la época: el de Etcheberri y el repetidamente citado de Pouvreau.

(80) La única mención que conozco es la de Azkue ([1905-1906]: xiv), explicando que le fue enviado por correo por el propio autor pero que, desgraciadamente, nunca llegó a sus manos.

(81) Y que se suele relacionar, en alguna medida, con la pérdida de los Fueros (1876): v., por ejemplo, Michelena 1960: 135 y ss., y Villasante 1979: 281.

(82) Es una época muy especial, en la que no sólo los diccionarios despiertan interés, sino en general obras que pudiéramos llamar “ideológicas” —no sólo lingüísticamente hablando— como la cuasinovela dialogada *Peru Abaraka* de Moguel, un alegato a favor del euskera rural (idealizado como rico, conciso y puro), compuesta hacia 1800 y publicada por primera vez en 1881; o los *Discursos filosóficos* de Astarloa (a. 1806), publicados en 1883.

(83) Tenemos algunos testimonios durante el s. XIX del interés por conseguir ejemplares. El más conocido es, tal vez, el de Lécluse (véase un resumen en Lakarra 1985b: 450, n. 43).

(84) El texto más explícito es la carta a Iztueta (1840) seleccionada por Lakarra (1985b: 452, ap. Garmendia 1968: 192).

(85) Un excelente testimonio de la renovada dificultad para adquirir el diccionario de Larramendi, pese a contar con una segunda edición, nos lo proporciona Manterola (1880: 83): “De *Diccionarios* el único que existe publicado en España es el trilingüe *castellano-bascuence-latino* del P. Larramendi, del que se encuentran escasos ejemplares a la venta en las librerías. En la de H. Jérôme (Bayona) he visto anunciada la segunda edición de esta obra, al precio de 50 pesetas, y estando a la mira suelen a veces proporcionarse ejemplares aún a precio algo más bajo, pues abundan todavía en el país”.

las nuevas compilaciones son muchas y variadas, sobre todo en la segunda mitad del s. XIX, apenas algunas de ellas consiguen ser impresas. Se trata casi siempre de obras septentrionales y, en todo caso, de corta extensión: folletos —Moguel 1801 (8 pág. en 4º)—, apéndices a gramáticas —Lécluse 1826 (vasco-francés, 52 pág.; francés-vasco, 38 pág., en 8º)—, diccionarios manuales, breves o muy breves, —Astigarraga 1825 (según las ediciones, entre 60 y 80 págs., en 4º y en 8º), Fabre 1870 (400 pág. en 4º), van Eys 1873 (415 pág. en 8º)...—. Ninguna de las grandes empresas de la época, ni tampoco algunas más modestas, llegaron a buen puerto: perdidos los diccionarios de Iturriaga,⁸⁶ Lardizabal y seguramente también el de Lécluse (anunciados 2 vol. en 8º de 1.000 pág. a 2 columnas),⁸⁷ los de Aizquibel (impreso en 1.257 pág., a dos columnas, in 4º), Novia de Salcedo (impreso en 2 vol. de 721 y 778 pág. a dos columnas, in 4º), Duvoisin (ms. de 1.082 págs.)⁸⁸ y Maurice Harriet (ms. de 3.340 págs.)⁸⁹ no tuvieron en su momento acceso a la imprenta.

Cuando al fin se imprimen póstumamente Aizquibel (1883) y Novia de Salcedo (1887), se toman como trabajos plenamente vigentes, como el del mismo Larra-mendi. El impresor López, en el prólogo que dedica al diccionario del primero, afirma lo siguiente en la dedicatoria que ofrece “A la M.N. y M.L. Provincia de Guipúzcoa”:

...viene a llenar un vacío [la cursiva es mía] que propios y extraños lamentaban con dolor en la Historia literaria del pueblo Euskaro, elevando el nombre de “Aizquibel”, poco conocido, a la par del de su ilustre predecesor el sabio P. Larra-mendi, al templo impercedero que cubre con sus alas la gloria.

Arístides de Artiñano, prologuista del segundo, ofrece estas palabras esclarecedoras en el “Prólogo biográfico”:

Verdad que contamos con los Diccionarios de Larra-mendi y de Aizquibel, obras de notoria utilidad, notables en su género, pero que no llenan por completo las aspiraciones de los apasionados del bascuence, por ser ambos elementales o didácticos, toda vez que se concretan a la esposición [sic] y traducción de los vocablos, pero sin abarcar la investigación de sus orígenes; y si bien es de gran conveniencia el reunir el mayor número de voces, determinando la *forma exacta* de cada una de ellas, porque se depura así qué vocablos son indígenas y cuáles merecen el concepto de alienígenas, no es esto suficiente para penetrar en el fondo científico de un idioma (Artiñano 1887: xvi).

(86) El autor lo llama “mi pequeño diccionario” (carta a Iztueta, 7 de noviembre de 1840, ap. Gard-mendia 1968: 192).

(87) Urquijo (1923: 336, n. 1) da noticia de la desaparición de la colección de fichas manuscritas guardada en la Biblioteca Municipal de Pau; él mismo pudo consultarlas anteriormente, pero no halló rastro en 1920. Y observa (*loc. cit.*), sin duda temiendo lo peor: “Es de esperar que vuelva a aparecer, y que no haya corrido la suerte de otros muchos manuscritos franceses, vendidos y destruidos durante la guerra, a causa del alza del precio del papel!”.

(88) Debo las cifras de Duvoisin y Harriet a la generosa colaboración de Arantza Egia (DGV/OEH).

(89) J. A. Lakarra me recuerda amablemente que Harriet, al parecer, no tenía ningún interés en ver publicada su obra, según relata Knörr en su tesis sobre éste (1987), que no tengo a mano.

Es cierto que Artiñano muestra indicios de una nueva época, con esa necesidad de distinguir lo “indígena” de lo “alienígena”⁹⁰ y la referencia a lo “científico”. En cualquier caso, junto con la de la pureza, tiene otra preocupación que podían compartir muchos más vascófilos —casi todos—: “reunir el mayor número de voces”.

Paralelamente a este tipo de publicaciones, netamente utilitaristas, se desarrolla en el exterior del País una labor más filológica, de recuperación de textos lexicográficos antiguos: los apéndices de Araquistain al diccionario de Larramendi (Fita 1881), Micoleta (Sampere 1881), los vocabularios de la gramática de Urte (Vinson & Clark 1893-94) y las primeras 25 págs. del diccionario del mismo autor (Webster 1895).

2.2. 1905-1958: “Ya tenemos diccionario”

Es tiempo de cambios radicales en la vascológia: un vivo deseo de autoafirmación conduce, se diría que ineludiblemente, a evitar los préstamos de otras lenguas (incluso los largamente arraigados) y a buscar recursos en la propia. La época, pues, no es proclive a volver los ojos a los textos anteriores,⁹¹ inspirados en muy otros principios, y esto puede explicar en buena medida que no se prosiga con la labor de recuperación iniciada en las décadas precedentes.

De cualquier manera, ni siquiera los vascólogos más apegados a la tradición —pongamos Urquijo— parecen sentir esta necesidad, mientras se dedican con afán a la reedición de otro tipo de textos antiguos.⁹² A mi entender, un solo hecho explica por antonomasia la postura de este periodo: la aparición del diccionario de Azkue [1905-1906]. Tengamos en cuenta que el autor declara haber revisado críticamente los trabajos lexicográficos anteriores y despojado exhaustivamente todos aquellos que, en su opinión, tienen algún interés: una vez vaciados de su precioso contenido, no cabe duda de que el nuevo diccionario condenó al trastero todos aquellos baúles antiguos.

Un ejemplo significativo de que los vascófilos más preparados no sólo eran conscientes de la necesidad de un diccionario, heredada de la época anterior pero agudizada por las nuevas tendencias, sino de que vieron en Azkue la culminación de muchas de sus aspiraciones puede ser el siguiente pasaje de Urquijo, que pertenece precisamente al apartado denominado “Necesidad de un diccionario bascongado”:

Esta obra importantísima era esperada con verdadera impaciencia por todos los que se dedican al estudio del Euskera.

La variedad de dialectos de la lengua bascongada y la poca importancia de los diccionarios publicados durante el siglo XIX, cuyos autores (si se exceptúa tal vez al holandés Van Eys) se habían limitado a copiar y a veces a empeorar el trabajo del

(90) Sobre la palabra “alienígena” y sus connotaciones en el País Vasco de la época, hay que recordar el título de un conocido artículo de Unamuno: “Del elemento alienígena en el idioma vasco” (1886). Artiñano, con todo, va un poco más allá, pues cita expresamente que está “...en vías de publicarse otra [gramática] del dialecto bizca[ño], por nuestro joven e ilustrado amigo D. Sabino de Arana” (ibid. xv; esta gramática, que se daba por perdida (cf. Laka 1987: 19, n.15), ha sido recientemente publicada en Alday 1991: 23-233).

(91) Se pueden ver reunidos algunos de los comentarios, orales y escritos, más radicales de la época en Urgell 1991: 903-905.

(92) La única excepción es la ya mentada edición de las notas de Oihenart (Urquijo 1910).

Padre Larramendi, hacían casi imposible la lectura de los escritores bascongados antiguos y modernos, y dificultaban en extremo el estudio de nuestra lengua.

Hoy, que gracias a la constancia del Sr. Azkue, los estudios bascongados entran en nueva era, tiene interés averiguar quiénes le precedieron en esta clase de trabajos (Urquijo 1905: 283).

2.3. Desde 1958: “¿Tenemos *todo* el Diccionario?”

Tras la Guerra Civil las cosas cambian, si bien lentamente, y se produce una cadena de publicaciones importantes, que se hace más tupida, quizá por las razones más evidentes, tras la caída del franquismo:⁹³ Landucci (Agud & Michelena 1958), Añibarro (Villasante 1963), Moguel (Villasante 1964), el *Diccionario Vasco-Castellano* de Larramendi (Altuna 1967), los Suplementos de Araquistain al diccionario de Larramendi (Michelena 1970),⁹⁴ Bela (Peillen 1983, ed. parcial),⁹⁵ el *Diccionario Trilingüe* de Larramendi (1984, ed. facsímil), Aizquibel (1984, ed. facsímil), Novia de Salcedo (1984, ed. facsímil), Urte (Urkizu 1989), Odriozola (Etxebarria & Etxebarria 1990), un “Vocabulario Vasco-Francés” anónimo (Etxebarria 1994) e Iztueta (Urkizu 1996).⁹⁶

Sin lugar a dudas, el hecho más relevante de este periodo, el que imprimió carácter, sirvió de acicate y, en parte al menos, también de modelo, es la primera de todas ellas, es decir, la publicación del diccionario de Landucci: aunque su existencia era conocida desde 1745 —desde la cita de Larramendi—,⁹⁷ nadie había hecho el menor esfuerzo —salvo el desafortunado “no existe ya” de Aizquibel— siquiera por conocerlo, con las excepciones del propio Larramendi, en el Suplemento a su diccionario⁹⁸ y, haciendo honor a su habitual curiosidad, de Urquijo, en dos pequeñas aportaciones (Urquijo 1920a y 1920b).⁹⁹ Romper una tradición de desidia cultivada con tanta

(93) Quedan sin consignar, intencionadamente, algunas publicaciones como la de los vocabularios de las gramáticas de Lécluse (Lakarra & Urgell 1988), Harriet (Lakarra 1994a) y Urte (Lakarra 1994c), el ms. C (enfrentado a su parte correspondiente del ms. A) del *dicc. de Pouvreau* (Bilbao 1992), los pequeños vocabularios sacados por Añibarro de Harriet (Urgell 1992) y la nueva ed., ya citada, de las notas de Oihenart (Kerejeta 1991), hechas en un tono diferente, como luego veremos (§ 5).

(94) Publicados previamente en Fita 1881, el trabajo de Michelena no es, en rigor, una nueva edición, sino un estudio crítico en el que se recogen y comentan los errores de lectura o impresión de la ed. anterior.

(95) Véase la nota 105 del presente trabajo para una descripción más detallada de esta edición.

(96) Habría que citar también la tesis de Knörr (1987) sobre el diccionario ms. de Maurice Harriet, en donde se edita la letra H; desgraciadamente, tanto la tesis como el diccionario permanecen inéditos.

(97) En rigor, debemos conceder el honor del descubrimiento del diccionario a Mayans (1737: 347), Bibliotecario Real desde 1733, aunque, como en parte hemos podido ver, la difusión de la noticia entre nosotros hay que achacársela al lexicógrafo vasco. No me cabe duda de que Larramendi se enteró de su existencia a través de esta obra, que leyó con detenimiento, como al parecer cuanto cayó en sus manos, fuera amigo o enemigo, que tuviera alguna relación con el vascuence y/o el castellano y sus orígenes. Debemos, por tanto, revisar las afirmaciones de los editores sobre la relación Mayans-Larramendi en este sentido (Agud & Michelena 1958: 9, n. 2). Soy de la opinión de que fue precisamente el juicio adverso del valenciano el que obligó a Larramendi a denostar el diccionario y a esconder su uso en el Suplemento, aunque en esto deba disentir, en parte, de la opinión de Michelena (1970: 52).

(98) Véase Michelena 1970 y Lakarra 1991, 1993 y 1994a, sobre las fuentes del Suplemento.

(99) En el segundo de ellos (1920b: 117) advierte de su intención de publicar un artículo en los próximos números de la revista, cosa que (como señalan Agud & Michelena 1958: 11) no sucedió.

tenacidad fue sin duda una decisión basada en poderosas razones, que los editores explican de la siguiente forma:

La historia del vocabulario manuscrito que hoy publicamos no es particularmente brillante. Lo demuestra sin más el hecho de que, a pesar de ser el más antiguo de los vocabularios vascos de alguna extensión y de constituir, como veremos, el testimonio más importante de una variedad hoy extinta de la lengua, no haya sido impreso hasta ahora.

En la publicación de textos vascos se ha pecado más de una vez por desidia, tanto más sorprendente dada su escasez y su carácter relativamente reciente. (...). Pero nuestro vocabulario se encuentra en una biblioteca pública de fácil acceso y su existencia había sido ampliamente divulgada (...).

...sería ya suficiente el hecho de que este ms. del siglo XVI, repetidamente citado, no haya sido prácticamente utilizado por los vascólogos modernos. Nuestra pasividad, con ser mucha, no basta a explicarlo. Se hace necesario suponer una resistencia activa a su divulgación. No es difícil hallar su motor en el prejuicio que, sin cuidarse de los hechos, sólo se preocupa del "qué dirán" de los extraños, prejuicio que ha llevado más de una vez a desconocer no sólo el valor científico de los textos vascos antiguos, sino incluso sus mismos valores literarios. Para quienes piensan así, el vocabulario de Landuchio, por representar una variedad romanceada —bastardeada— de la lengua, atenta contra el prestigio de ésta. Y no faltará acaso quien hoy mismo lamente que, en lugar de esta edición fiel en cuanto nos ha sido posible al original, no ofrezcamos una versión extractada y cuidadosamente expurgada del mismo (Michelena 1958: 7-8).

La edición, y el magistral estudio que la acompaña, vienen a confirmar con creces la valoración que hiciera Urquijo:

Abunda en *erderismos* y Larramendi lo trató por esta razón con gran desprecio. Hay, sin embargo, que tenerlo en cuenta, no solamente por la fecha (1562), sino porque además de traer algunas palabras que no se encuentran en otros diccionarios, nos permite estudiar las transformaciones que en el siglo XVI experimentaban las palabras castellanas en boca vizcaína (Urquijo 1925: 486, n. 2).

El "atrevimiento" de los editores se ve, en suma, altamente compensado: se trata de un caso especialmente arduo pero, a la vez, especialmente enriquecedor, que no sólo proporciona datos a la lexicografía, aportando palabras que no se encuentran en los otros diccionarios (téngase en cuenta que Azkue no lo usó sino a través de fuentes interpuestas), sino que además da acceso a conocimientos inesperados sobre la historia de la lengua vasca.

El talante crítico que se observa en esta primera edición moderna repercute en las ediciones subsiguientes, que son presentadas en una línea muy similar,¹⁰⁰ salvando las diferencias inherentes al carácter del texto y, muchas veces, a la preparación del

(100) Hablamos por supuesto de los textos comentados, dejando de lado los facsímiles, obras de difícil clasificación, que obedecen a intereses puramente comerciales (tiradas reducidas, de 350, 600 y 700 ej. respectivamente, sin presentación alguna y con precios escalofriantes), pero que sin duda son, tanto o más que las otras, signo de una percepción distinta.

editor.¹⁰¹ En primer lugar, y más clara y firme cuanto más antigua es la edición, se siente la necesidad de justificar la empresa denostando la desidia inveterada de los vascos en dar(se) a conocer sus propias obras: Villasante habla de “indiferencia” y “pragmatismo de vista corta” (1963: 6-8), Altuna de “zabarkeria [negligencia]” (1967: 139) y Urkizu (1989: 18), por su parte, dice tener “la esperanza de que poco a poco serán mejor conocidas” las obras vascas del pasado.

En segundo lugar, se resalta la utilidad de la publicación: una rareza como Landucci, inevitablemente, se le ofrece sobre todo al lingüista histórico y, desde luego, es éste el tipo de estudio que se hace en ella preferentemente; así y todo, la referencia a Azkue es crucial, como intentaré mostrar más adelante (v. § 3):

Don Resurrección M.^a de Azkue, en particular, no aprovechó este vocabulario para su diccionario, hecho decisivo, pues su obra fundamental es siempre el punto de partida, y muchas veces la única fuente, de todos los estudios consagrados en nuestros días al léxico vasco. Y, sin embargo, algunas voces procedentes de Landuchio han llegado a infiltrarse, por caminos indirectos, en el diccionario de Azkue (Michelena 1958: 12).

Lo cierto es que dicha referencia se repite en Villasante (1963: 8):

...el diccionario inédito del P. Añibarro, que, aunque conocido y parcialmente explotado por el Sr. Azkue, no se hallaba hasta la fecha al alcance del público estudioso de nuestra lengua vernácula.

En ediciones más recientes, la referencia puede generalizarse, incluyendo a los lexicógrafos vascos en general (Urkizu 1989: 19),¹⁰² o bien concretarse en referencias detalladas, como la siguiente declaración sobre el diccionario de Iztueta:¹⁰³

Aunque es citado por Azquibel, no han empleado el de Iztueta, ni Azkue ni Akesolo en sus diccionarios, si bien citan palabras de *Gipuzcoaco... dantzak* y de *...condaira...* [obras del mismo autor]. Y, si bien el *Diccionario General Vasco* que comenzó Michelena y actualmente dirige Sarasola ha empleado el manuscrito, no recoge todo el tesoro lexicográfico que contiene (Urkizu 1996: 13).

En cuanto a las relaciones entre diccionarios, tan sólo en un caso se percibe un cierto interés por la naturaleza del diccionario:

[El *Diccionario Vasco Castellano*] es un precioso complemento al gran diccionario castellano-vasco que el propio Larramendi publicó en vida; y nos podría ayudar a resolver algunos de los problemas que éste provoca (Altuna 1967: 139).

(101) Villasante (1963: 8) cita expresamente: “A la hora en que escribimos estas líneas está ya en prensa el (...) diccionario de Landuchio (...)”. Sin duda, la edición de Añibarro sufrió algún retraso.

(102) Y muchas otras cosas. Altuna, en su presentación del trabajo de Urkizu (98: 5-6), se pregunta sobre la utilidad de los diccionarios de cara a los escritores, y remarca el valor del diccionario de Urte para los compiladores de diccionarios especializados (Administración, Filosofía, Retórica, Botánica, etc.) y para los traductores del latín al vasco.

(103) De modo similar a Altuna (*op. cit.*), Urkizu presenta el *dicc. de Iztueta* como algo que “...todos pueden usar para enriquecer y mejorar su lengua, y de paso [sic] los escritores y traductores sus escritos” (Urkizu 1996: 18). La versión al castellano es mía.

Este interés no se materializa sino en un primer intento de precisar hasta dónde llegó Larramendi dando la vuelta a su diccionario castellano-vasco:¹⁰⁴ seguramente la preocupación subyacente es la de determinar si en esta versión hay palabras nuevas o no, lo que nos llevaría otra vez al criterio utilitarista, tan propio de estas ediciones. En cualquier caso, se aparta un tanto de las posturas más extendidas, que vienen a ser dos:

1) La anecdótica: se reconoce que han “cogido palabras” del *Diccionario Trilingüe* de Larramendi, pero el hecho se soslaya centrando la atención en lo que se valoran como aportaciones personales de los lexicógrafos; la cita más patente nos la proporciona Villasante (1963: 6), aunque dista mucho de ser el único editor moderno que ha seguido este camino:¹⁰⁵

Pero aparte de esta clase de voces debidas al influjo del P. Larramendi, hay en él un caudal de voces no despreciable de origen popular y que se registran con la precisa indicación del dialecto, o mejor, de la provincia en que se emplean. Esta es, claro está, la parte verdaderamente valiosa y original de este diccionario (...).

2) La filológica: está representada fundamentalmente por Michelena, y tiene como objetivo inmediato aclarar las fuentes de Azkue, y como telón de fondo el interés de Michelena por la historia de la lengua, la dialectología, etc.; es un tema en el que nos hemos de detener más adelante (v. § 3.3).

Considero necesario recalcar que, a la luz de los datos que vamos recogiendo, no puede ser mera casualidad que los únicos diccionarios publicados en la Posguerra sean los que Azkue despreció (Larramendi, Aizquibel, Novia de Salcedo) o los que no pudo emplear (Landucci, Bela, Urte, el *DVC* de Larramendi, Iztueta),¹⁰⁶ con la honrosa excepción de Añibarro (pero recordándonos que sólo fue despojado “parcialmente”), mientras que manuscritos de sumo interés (como Pouvreau y Duvoisin, por ejemplo) permanecen en sus anaqueles; un mal menor, después de todo: he aquí la resignada declaración de Michelena sobre Pouvreau, buena prueba de ello:

(104) Posteriormente, Lakarra (1993: 323-329) ha corregido las primeras impresiones de Altuna.

(105) El aparato (supuestamente) crítico de una edición puede ser mucho más significativo en este sentido. Peillen 1983 sólo recoge las columnas francesa y suletina del diccionario ms. plurilingüe y (en cuanto al vascuence) multidialectal de Bela, dejando de lado las correspondientes a castellano, italiano, hebreo, griego, latín, árabe, celta, alemán y, entre los dialectos vascos, labortano y lo que el editor llama “el guipuzcoano de Larramendi”, que hemos de suponer se compone de palabras directamente copiadas del diccionario de este autor (Larramendi 1745). Pues bien, en ocasiones interpreta como “deslizadas” de la columna de Larramendi ciertas palabras —*desaradoztu* (pág. 132, n. 37), *bazadonetalia* (pág. 135, n. 95), *guelcaiztu* (pág. 136, n. 105), *locana* (pág. 139, n. 155), etc.— que, quizás por su apariencia, han debido llamar su atención y, según parece, ha conseguido localizar en la fuente citada. Sin embargo, da expresamente por suletinas palabras como *gaizkibertia* “adversité” (pág. 130, n. 6; Larramendi *gaizqueitorria* “adversidad”, de la que es evidentemente adaptación), o sugiere la pérdida en suletino moderno de otras como *marrubiatu* “hurler” (pág. 135, n. 89; Lar. *marrubiatu* “aullar”)— o *entregu* “habile” (pág. 135, n. 90; Lar. *entregu* “hábil”, palabra que quizá procede de Harriet 1741: v. Lakarra 1993: 274-281), o bien deja pasar críticamente otras como *oharteraguin* “avertir” (pág. 130; Lar. *oarteraguin* “advertir”) o *dambatu* “choquer” (pág. 131; Lar. *dambatu* “chocar”).

(106) Obsérvese que los primeros se editan en facsímil (para bibliotecas y, tal vez, un reducido número de bibliómanos y vascófilos curiosos) y los segundos, en cambio, en ediciones más o menos críticas, accesibles a cualquier interesado (filólogos, lexicógrafos, etc.).

...un magnífico diccionario vasco-francés que desgraciadamente sigue inédito si bien es verdad que ha sido profusamente aprovechado por los lexicógrafos posteriores desde Humboldt (...) (Michelena 1960a: 70).

Como argumentaré más detalladamente en lo que sigue, la finalidad principal de las ediciones de alguna entidad realizadas en nuestra época ha sido bien completar, bien corregir lo que he denominado “Diccionario Vasco”, encarnado desde comienzos del siglo en su forma real más perfecta: el diccionario de Azkue.

3. La revolución de Azkue

El diccionario de Azkue trajo consigo un cambio de paradigma en la lexicografía vasca. En lo que nos interesa, acabó de un plumazo con la época de Larramendi, no sólo sustituyendo totalmente a su diccionario, sino además rechazando expresamente toda vinculación con él. Por primera vez desde 1745, un trabajo lexicográfico con vocación de diccionario general no recogía, al menos a sabiendas,¹⁰⁷ ninguna palabra larramendiana:¹⁰⁸ el *Diccionario Trilingüe* y todo aquél que en su opinión se hubiera atenido a éste en demasía,¹⁰⁹ fue totalmente rechazado como fuente.

Por otra parte, dado que se esforzó en entresacar del resto de los diccionarios anteriores cuanto cosa interesante pudo encontrar, en general produjo una sensación de tranquilidad —un auténtico parón, en definitiva— en todo lo concerniente a la lexicografía histórica vasca: desde el mismo momento en que salió a la calle, fue evidente para cualquiera que se trataba de un diccionario excelente, que no sólo había vaciado los textos antiguos (incluidos los repertorios léxicos) con prolijidad, sino que añadía un sinnúmero de palabras recogidas de viva voz, sin olvidar que había dejado fuera (tema crucial en la época) la mayoría de los préstamos. Era, pues, la versión más lograda de lo que pudiera ser algún día el Diccionario Vasco ideal.¹¹⁰

Sin embargo, en la misma medida en que colmó las ansias de tener un diccionario completo, despertó nuevas inquietudes que no podía calmar: por una parte, se hizo más

(107) Es bien sabido (desde Michelena 1970: 28-29) que muchas palabras pasaron al Azkue a través de fuentes que él tuvo por más o menos fiables (o, al menos, controlables) en este sentido; en concreto, en lo que se refiere a las lexicográficas, Michelena identificó a Añibarro, el ms. de Londres, Lacoizqueta, Duvoisin y Maurice Harriet como fuentes indirectas de Larramendi en el *dicc.* de Azkue, si bien no cabe duda de que en su lista, una breve colección de ejemplos, no están todas las que son.

(108) Es ésta de “palabra larramendiana” una denominación, tan cómoda como difusa, que quisiera abarcar todos los neologismos creados por Larramendi (y muchas veces también otros posteriores de similar factura), pero que en la práctica, por falta de labor crítica, engloba prácticamente todo el contenido de su diccionario, incluido un buen número de primeras documentaciones de palabras poco atestiguadas, y quizás algún hapax. Como señaló Michelena (1970: 25), Azkue “...le cerró todas las puertas, sin querer ni enterarse de lo que su antecesor pudo decir (...)”.

(109) Azkue señala con el dedo a Fabre y Novia de Salcedo, y además a Aizkibel, del que declara haberse servido “...en lo que tiene de personal, que es una pequeña parte de la obra” (Azkue [1905-1906]: xiii). Señalaré de pasada que Aizkibel suele reconocer sus fuentes, y que D.T. (= *Diccionario Trilingüe*) es la abreviatura más usada, con gran diferencia, en su diccionario, por lo que Azkue no tuvo que hacer especiales esfuerzos críticos para entresacar lo “personal”.

(110) N. Ormaechea “Orixe” (1888-1961), una de las figuras más emblemáticas de la literatura vasca, lo denomina “euskera onaren iturri” (“fuente del buen euskera”), (Ormaechea 1927: 250).

evidente la necesidad de un diccionario castellano-vasco y, al mismo tiempo, la imposibilidad de conseguirlo con el simple procedimiento de invertir los términos, dado que, por propia decisión, recoge un tipo de léxico muy desequilibrado.¹¹¹ No puedo entrar aquí en detalles sobre este aspecto, que merecería sin duda un estudio completo.¹¹²

La otra inquietud que despertó es mucho más relevante aquí: aparece una suerte de fiebre por completar y corregir el diccionario de Azkue. Los primeros ejemplos se encuentran al poco de publicarse, pero la fiebre duró mucho, y se intensificó con la intención de la Academia de la Lengua Vasca de reimprimirlo; he aquí un extracto de la singular llamada que Irigoyen hizo en la revista *Euskera*, órgano oficial de la Academia, a la que acompañan detalladas explicaciones de cómo se debía hacer el trabajo:

La Academia de la Lengua Vasca, ante tal coyuntura [la imposibilidad de conseguir ejemplares del diccionario de Azkue] y como homenaje al que fue presidente y alma suya, no puede menos de iniciar los trabajos preliminares para su reedición, teniendo presente todas las aportaciones hechas por él y por otros (...).

Para ello la Academia cree conveniente la publicación en la revista de todas las aportaciones que haga todo euskalzale, pertenezca a la Academia o no, tanto de rectificaciones, ampliaciones, como de nuevo caudal, por pequeña y mínima que sea la aportación... (Irigoyen 1965: 47).

3.1. Completando el Azkue

Azkue podía ser completado de muchas maneras, por supuesto, tanto encontrando nuevas palabras populares como revisando los autores antiguos.¹¹³ Anteriormente hemos visto, en efecto, cómo en las publicaciones de diccionarios antiguos se suele

(111) Campos como la agricultura o la religión están sobredimensionados por la naturaleza de sus fuentes (popular en el primer caso, literaria en el segundo); el *Azkue Hiztegiaren Aurkibidea* [Índice del Diccionario Azkue] (1987), un diccionario inverso realmente *sui generis*, da buena fe de ello: por ejemplo, reúne 25 formas distintas para “panal de miel”, 35 entradas para la manzana y sus variedades (varias de las cuales son tan vagas como “(cierta) manzana”, “(clase de) manzana” o “(nombre de) manzana”) y junto a las 5 formas registradas para “arado”, hay 6 para “arado de cinco púas”, 7 para “arado de cinco, siete o nueve púas”, 3 para “arado de cuatro púas”, 5 para “arado de tres púas”, 4 para “arado de una púa” y una para “arado de veinte púas”. En cambio, desatiende aquellos que estaban ya o debieran haberse cubierto entonces mediante el neologismo, en el sentido más amplio de esta palabra: por ejemplo, siempre según la misma fuente, no hay entradas para “electricidad” —cf. *elektrizidad* 1884, *elektrizitate* 1909 (primeras documentaciones, ap. Sarasola 1996)— o “tren” —cf. *tren* 1880, *trein* 1893, *bultzzi* 1898 (ibid.)— y palabras como “aeroplano” y “automóvil” están representadas por correspondientes tan singulares como *pranises-txori* (lit. “pájaro francés”; no he conseguido localizarla en el dicc.) y *artomokil* o *artomutil* (lit. “terron de maíz” y “chico de(l) maíz”, ambas debidas a etimología popular y sólo recogidas en el apéndice, obra de varias manos).

(112) Villasante (1979: 385-386) refiere que a los dos tomos publicados del diccionario de Azkue debían seguir otros tantos de diccionario castellano-vasco, trabajo que comenzó a publicarse pero quedó inconcluso (véase Azkue 1919 en la Bibliografía). La Academia de la Lengua Vasca, recién fundada, tomó sobre sí el trabajo, que no llegó a buen puerto. Hay nuevas referencias sobre el diccionario castellano-vasco en las actas de sus sesiones desde el 29 de abril de 1966 (recogidas en la revista *Euskera* XIII (1968), pp. 316, 317, 318, 319...). En algún momento, el tema parece desaparecer.

(113) El mismo fue, seguramente, quien más y mejor realizó esta tarea, tanto en anotaciones en los márgenes de su ejemplar (publicadas como apéndice en la ed. de 1969), como en los trabajos que fue publicando en los años siguientes (véase al respecto el comentario de Michelena 1970: 18-19).

hacer referencia a Azkue; tarea más ardua sería, en cambio, reunir las similares menciones que aparecen en las ediciones de otros tipos de texto.¹¹⁴

Limitando nuestra búsqueda a los trabajos aparecidos en revistas, desde el propio título explicitan con frecuencia su objetivo: las catorce contribuciones de Gárate “al diccionario vasco” (1930-1975), la “Contribución a las *contribuciones* de Justo Gárate” de Bozas Urrutia (1963), los “Azkue jaunaren iztegia osatzeko...”, “Azkue hiztegiari gehituz”, etc., de Azpiroz (1963, 1967, 1981 y 1982), el “Supplement zu Azkues Wörterbuch aus Barandiarans Folklore texten” de Bouda (1972), etc. Veamos algunas de sus declaraciones:

En mis lecturas y conversaciones me he encontrado (...) con cierta cantidad de vocablos, frases, acepciones y etimologías de lenguas exóticas que me he entretenido en recoger y publico hoy en la creencia de que serán útiles a los cultísimos y diligentes académicos de la Lengua Vasca, porque no figuran en el Dic. de Azkue (Garate 1930: 153).

Duela denbora franko ba-nuen eskuartean lan txiki bat: Leitzeko errian egun guziz edozeinek ibiltzen dituen eta Azkue jaunaren iztegian ez dauden itzak biltzea.

Egokiera ederra Arantzazuko batzar au, nere lantxoan lenbaileen bukatzeko eta Euskal-iztegia osatzeko zerbait balio ba-du, zuen aurrean irakurtzeko (Azpiroz 1963: 317).¹¹⁵

No quisiera dejar de mencionar que en esta tarea se entronca con una preocupación muy anterior, referida entonces a Larramendi, y que encontramos durante todo el s. XIX (suplementos de Araquistain, notas de Arrue, etc.). Oigamos, por ejemplo, a Otaegi:

Pequeña colección de palabras vascongadas de uso frecuente en la localidad de Cegama y sus alrededores, y por considerarlas tan raras, y que muchas de ellas no se encuentran en Larramendi ni otros autores respetables, el que suscribe ha tenido a bien de recopilarlas (1957 [a. 1890]: 285).

Se trata, sin duda, del trabajo de todo un pueblo.

(114) Sin olvidar la influencia, indudable, que ejerció en la literatura. Es conocida la evolución del escritor Domingo de Aguirre (1864-1920), desde el léxico larramendiano de sus primeras obras (p. ej. *Auñemendiko Lorea*, 1898), hacia un léxico popular muy influenciado por el diccionario de Azkue, que marca la diferencia fundamental entre sus dos obras más conocidas: *Kresala* (1901) y *Garoa* (1907), (Michelena 1970: 18). No cabe duda de que, por su parte, muchos escritores han intentado, conscientemente, completar el Azkue dando testimonio en sus escritos de palabras populares no recogidas por él. Cf., por ejemplo, las palabras de Izeta al prólogo de su novela *Nigarrez sortu nintzan* (Donostia, 1982): “Las palabras y giros que aparecen están vivas en el dialecto de Baztán (...). La mayor parte de las palabras que aparecen en mi novela pueden encontrarse en el diccionario del Sr. Azkue, no quizá todas, pero sí muchas”. El mismo Izeta es autor de un vocabulario baztanés.

(115) “Hace algún tiempo que tengo entre manos un pequeño trabajo: reunir las palabras que se emplean habitualmente en el pueblo de Leiza y que no están recogidas en el diccionario del Sr. Azkue. Es una buena ocasión este congreso de Aránzazu [de la Academia Vasca], para terminarlo lo antes posible y, si en algo sirve para completar el Diccionario Vasco, leerlo ante Vds.”.

3.2. Corrigiendo el Azkue

Aunque no sea siempre netamente distinta de la anterior, la tarea de los filólogos ha sido más corregir que completar, generalmente palabras sueltas que han podido documentar mejor. La obra fue recibida, como hemos visto ya en Urquijo, con gran alegría por parte de los vascólogos: el propio Schuchardt le dedicó una extensa y entusiasta reseña; parte de lo que Michelena (1970: 18) denominó "...el grito de júbilo y de agradecimiento" del lingüista alemán dice como sigue:

...nos ha dado en ella más, mucho más de lo que en las presentes circunstancias podíamos esperar... (Schuchardt 1906: 465).

En fin, he aquí lograda una amplia y segura base para la investigación lingüística vasca (ib. 467).

La relación de editores de textos que, teniendo como referencia obligada el diccionario de Azkue, han podido precisar o corregir algunas de sus entradas es, sin duda, inabarcable en el presente trabajo. Citaré tan solo, a modo de ejemplo, algunos trabajos dedicados por entero a esta labor, como las múltiples notas de Urquijo (1914-1918), especialmente significativas por lo temprano de su colaboración; el comentario de Landerreche sobre *sinbetsi* (1916), corrección de una de las notas de Urquijo; las correcciones y adiciones —con la ayuda de textos del s. XVI— a los diccionarios de Azkue y Lhande (1926) de Lafon (1956); y el más moderno trabajo de Ondarra (1980), denominado precisamente "Joaquín Lizarraga en el Diccionario de Azkue". He aquí lo que dicen al comienzo de sus trabajos:

El DVEF de D. R.M. de Azkue es de tanta importancia, y su publicación ha influido de tal manera en el progreso de los estudios vascos, que todo lo que se haga para completarle y perfeccionarle es, a mi juicio, útil e interesante.

Obras de esta naturaleza admiten siempre mejoras de detalle, y la corrección de los errores que inevitablemente contienen, en nada aminora el mérito de sus respectivos autores (Urquijo 1914: 169).

Lorsqu'ils ont composé leurs dictionnaires, Azkue, puis, plus tard, le P. Lhande, savaient mieux que personne qu'ils contiendraient des erreurs et des lacunes. En signalant ces erreurs et ces lacunes, on ne rabaisse nullement la valeur de ces deux ouvrages fondamentaux. Tout au contraire, on suit la voie tracée par leurs auteurs, et l'on rend hommage à leur labeur et à leur science (Lafon 1956: 26).

Dada la importancia que esta obra [el diccionario de Azkue] tiene y la influencia que ha ejercido y sigue ejerciendo en todo el ámbito de los estudios vascos, ya sea en los diccionarios que le han sucedido, ya sea en las investigaciones dialectológicas, ya en otras parcelas, es necesario averiguar la pureza y autenticidad de sus fuentes (Ondarra 1980: 107).

Es aquí donde debemos hacer especial mención al trabajo realizado por Michelena.

3.3. La labor filológica de Michelena

Relatar y evaluar la aportación de Michelena a la historia de la lexicografía vasca merece sin duda mucho más tiempo y espacio del que le vamos a dedicar en las líneas

siguientes. Permítaseme, pues, centrar al máximo la cuestión, insistiendo tan sólo en los fines que buscó y los medios con que se adentró en este campo.

Debemos recordar ante todo que estuvo directamente implicado en el proyecto de reformar el diccionario de Azkue que lideraba la Academia¹¹⁶ y que, como es notorio, sus trabajos sobre lexicografía no son sino parte —la base crítica— del mismo.¹¹⁷ Estaba convencido, con toda razón, de la necesidad de repasar las fuentes de Azkue, no siempre libres de errores o correctamente utilizadas, en parte debido a la singular personalidad del autor y en parte, evidentemente, al carácter o estado de las propias fuentes; y, de entre todas las posibles, los diccionarios suelen ser las más peligrosas:

La lexicografía es probablemente la actividad erudita en que el ejercicio de la crítica es más necesario. (...) El compilador de un diccionario general a duras penas renunciará a incorporar al suyo las riquezas, a menudo más especiosas que reales, que halla en las obras de sus predecesores, a los cuales se esfuerza en sobrepasar añadiendo nuevos materiales a los que ha recogido de ellos, con el resultado inevitable de que a la crecida suma de los antiguos errores incorpora algunos nuevos de su propia cosecha (Michelena 1970: 26).

El fruto más sobresaliente de esta preocupación es la labor crítica que realizó sobre el Suplemento del diccionario de Larramendi, comenzada en su conferencia de ingreso a la Academia (Michelena 1961a) y completada en el *Estudio sobre las fuentes del Diccionario de Azkue* (1970 [1965]).¹¹⁸

Si bien este trabajo, como otros menores,¹¹⁹ representa un notable avance desde el punto de vista filológico,¹²⁰ hay que reconocer que la idea que Michelena tenía sobre la historia de la Lexicografía Vasca, aunque más rica y elaborada, no se apartaba demasiado de la que hemos esbozado como mayoritaria: los diccionarios antiguos son baúles de palabras, baúles carcomidos y polvorientos (por emplear también la metáfora de Michelena), y el trabajo del filólogo es repararlos y limpiarlos para que los especialistas (lexicógrafos, dialectólogos, historiadores de la lengua, etc.) puedan realizar su tarea.

(116) Hay una referencia expresa y detallada a este tema en Sarasola (1977b), al que me remito.

(117) En lo que sigue, nos vamos a referir sobre todo al aspecto más académico de su trabajo, es decir, a sus aportaciones filológicas. Es bien sabido, con todo, que Michelena tenía una preocupación igual o, tal vez, mayor por el futuro de la lengua vasca, en lo que se implicó muchas veces vehementemente. La reforma del Azkue, en consecuencia, no comenzaba por la revisión de sus fuentes (tarea, en parte, menor), sino por la de sus criterios de selección de palabras (recuérdese lo dicho en la n. 111). Para conocer los de Michelena, que Euskaltzaindia hizo suyos, es imprescindible la resolución que lleva por título "Euskal hitzak zein diren" (que se podría traducir por "Sobre qué palabras son vascas"; Euskaltzaindia 1959), pero hay abundantes referencias a este tema en sus trabajos críticos (véase, por ejemplo, Michelena 1970: 31-35).

(118) Es importante destacar que la dedicatoria está firmada en 1965.

(119) Generalmente más puntuales, como Michelena 1960b, 1961b, 1962, 1967, 1968, 1969, 1971, 1974 y 1975.

(120) Si obviamos el lamentable olvido de Harriet, corregido posteriormente por Lakarra 1991 y otros trabajos posteriores; como éste ha señalado, Harriet está en la Bibliografía del trabajo de Michelena (!?) y *aliaqua*, una de las mejores pistas para detectar la relación, es tratada en el *OEH* sin el menor asomo de precisión, no sólo filológica, sino incluso cronológica.

Es cierto que fue quien introdujo entre nosotros, con fuerza e influencia mayores todavía que las de Urquijo, la dimensión histórica. Pero en un sentido muy concreto: la historia que Michelena perseguía en este caso era la historia de las palabras; todo examen de fuentes de un diccionario es un camino que nos lleva a la fuente última de cada palabra. El análisis filológico permite dejar de lado las palabras mal entendidas o mal copiadas, las “ghost-words” (Michelena 1970: 24-25), y al final podremos conocer la historia —y, en la medida de lo posible, la verdadera condición— de las palabras de transmisión lexicográfica:

Lo que importa en todos los casos, repito, es hallar la fuente y valorarla en sí misma prescindiendo de los ecos que nada añaden ni quitan y, si quitan o añaden, añaden o quitan algo que no debían ni añadir ni quitar (Michelena 1970: 27).

En este tipo de examen quedan excluidos, en primer lugar, aquellos diccionarios que sólo contienen noticias de segunda mano, los *codices descripti* (ibid.), y también, seguramente, aquellos de los que, a causa de las dudas que suscitan sus datos, no cabe esperar sino problemas (pongamos Larramendi). Con todo, hay algo más básico que queda excluido: precisamente la historia de la Lexicografía Vasca. En prueba de esta afirmación, examinemos más de cerca el tipo de trabajo que realizó en 1970:

En primer lugar, elige analizar un suplemento de ocho páginas, en vez de un diccionario de 800, porque muchos lexicógrafos posteriores, “con seguro instinto” (1970: 28), se fiaron más de él: en concreto, crearon una cadena de transmisión que llega hasta el propio Azkue, cosa que, como sabemos ya, no sucede por lo general con el cuerpo del diccionario.

El tipo de estudio es muy sencillo, al menos en principio, desde el punto de vista filológico: palabra por palabra. Aunque carecía de la mayor parte de los instrumentos con que contamos hoy¹²¹ y por tanto la labor hubo de ser penosa, su conocimiento de los textos le ayuda a elegir la fuente más probable de entre las tres posibles —dos confesadas por el autor (Axular, *Refranes y Sentencias*) y una identificada por el investigador (Landucci)—, donde generalmente consigue localizar la palabra deseada. Recordemos que toda vez que eso sucede, Larramendi se convierte automáticamente en fuente *descripta* y, por lo tanto, desechable.

La documentación que aporta es, en ocasiones, abrumadora, especialmente cuando no encuentra fuente para una determinada palabra,¹²² pero incluso aunque así sea: por ejemplo, *billacatu* (1970: 63, n° 66) está en Axular, pero cita también a Pouvreau, Haramburu y Belapeyre, y hace, además, una detallada propuesta etimológica; otro tanto sucede con *burueman* (ib. 73, n° 139), donde comenta *buru egin* en el mismo autor, *kobru emon* en Azkue y fray Bartolomé, y *buru emon* en Añibarro y Azkue; en *jarrugui* (ib. 84, n° 235) aprovecha para explicar un pasaje difícil de unos versos anti-

(121) El lexicón de Axular (Villasante 1973), entre otros. Es sabido, por otra parte, que Michelena contaba con una muy rica colección de fichas (que, entre otras cosas, iba a servir de base al primer proyecto de reforma del dicc. de Azkue; Sarasola 1997b da algunos datos valiosos sobre su contenido y la forma en que han sido utilizadas en el DGV).

(122) Véanse, p. ej., *bordoincatu*, 1970: 67, n° 95, *irayo*, ib. 68-69, n° 110, *seldorra*, ib. 70, n° 121, o *coitiguia*, ib. 71-72, n° 131.

guos. Parece evidente, a juzgar por estos y muchos casos más, que no interesa tanto la fuente, como documentar bien la palabra: una aparición en Leizarraga, por ejemplo, convierte igualmente en *descriptus* el Suplemento (véase *bauzu*, ib. 99, n° 372).

Alguna vez intenta encontrar el pasaje concreto del que procede la entrada del Suplemento, pero esto suele suceder sólo cuando por su forma o significado el testimonio de Larramendi presenta alguna dificultad.¹²³ Por lo demás, habitualmente se conforma con citar varios pasajes de la fuente o fuentes posibles.¹²⁴ Así pues, apenas se encuentran notas accidentales sobre las operaciones que hubo de realizar el lexicógrafo para elegir las palabras, sacarlas del contexto, normalizar, traducir al castellano e integrarlas en el Suplemento, excepto las imprescindibles para probar su procedencia.

Como sabemos, no era precisamente el trabajo de Larramendi el centro de interés de Michelena y, por tanto, sólo se ve forzado a intentar otro tipo de aproximaciones cuando no encuentra filiación para alguna palabra. En este sentido, tal vez el único intento de analizar el Suplemento como un todo integrado, con sentido en sí mismo, sea la explicación de conjunto de las palabras provistas del sufijo *-kuntza*, cuya fuente —Harriet— no supo identificar (1970: 70-71, n° 125). Sin embargo, un examen de este tipo¹²⁵ no sólo puede ser un buen comienzo para conocer a Larramendi como lexicógrafo, sino que, además, resulta ser el único camino posible para determinar la procedencia de ciertas palabras del Suplemento.

La aportación de Michelena ha sido aproximarse al mundo de la lexicografía vasca con las reglas de la más estricta filología y no es, por supuesto, una aportación desdeñable. Ni tampoco trabajo baldío. Largos años de preparación dieron su primer fruto hace poco, bajo el nombre de *Diccionario General Vasco* (desde 1987) que, además de ser una herramienta imprescindible para filólogos y lingüistas, ha establecido un hito en la propia lexicografía vasca, sin duda más directamente a través del *Hauta-Lanerako Euskal Hiztegia* (ahora *Euskal Hiztegia*) de Sarasola (1984-1995 y 1996), que se puede considerar en muchos aspectos descendiente directo del diccionario de Michelena.¹²⁶

4. Valoraciones

Hasta ahora ni siquiera he mencionado, sino de pasada, las valoraciones que han merecido los diccionarios antiguos hasta hoy. Ha sido una opción consciente, en la seguridad de que entendiendo primero los intereses de quienes las han emitido podremos situarlas y entenderlas a su vez con mayor claridad.

Resumiendo mucho, la opinión general hasta hace bien poco tiempo se correspondería en lo fundamental con la valoración de Azkue: hay lexicógrafos que, aunque

(123) Véanse, p. ej., *forogu* (ib. 84-85, n° 238) para el significado y *ecaira* (ib. 106, n° 443) para la forma.

(124) Cf., p. ej., *amoranteac* (ib. 83, n° 230), que encuentra en Axular y Landucci.

(125) Como ha mostrado posteriormente Lakarra (1991a, 1992a y 1993). Estoy elaborando para mi tesis doctoral un estudio que pretende precisamente recoger toda la información posible sobre los modos de actuar de Larramendi con respecto a sus fuentes, como base para adentrarse en el análisis del cuerpo del diccionario.

(126) Sobre este tema véase la aportación de Sarasola 1997b, donde narra con detalle la gestión del DGV.

cometieran algunas faltas veniales (entiéndase crear neologismos), en general se dedicaron con fidelidad a registrar palabras vascas; otros, en cambio, y Larramendi a la cabeza de todos, no hicieron sino deformar y tergiversar sus materiales, intentando hacer pasar por palabras vascas nuevas formaciones aberrantes, de tal manera que casi es imposible distinguir el grano de la paja.

Después de lo dicho anteriormente, creo que está meridianamente claro que la frontera entre unos y otros la establece el criterio de utilidad: todo aquello que haya servido o vaya a servir para completar el Diccionario Vasco, es bueno; los demás, prácticamente inutilizables en este sentido, pierden su carácter de diccionario —sólo aptos para entendidos— y se convierten en monumentos que impidan echar al olvido los errores cometidos en el pasado. Es imprescindible comentar aquí que a la reacción purista de comienzos del s. XX siguió un sentimiento de aversión a lo que entre nosotros se suelen denominar “neologismos”, es decir, palabras de nuevo cuño, y especialmente a aquellos “mal formados”, muy abundantes en la época anterior: y precisamente de esta tendencia supuestamente “vasca” a las creaciones fantasiosas se suele acusar, como primer instigador, a Larramendi.¹²⁷

El error de percepción que se oculta bajo esta forma de pensar, creo, se puede poner en evidencia con un ejemplo. Las siguientes palabras de Michelena representan muy bien el tipo de valoración estándar sobre el diccionario de Pouvreau:

En la Biblioteca Nacional de París se conservan (...) dos copias de un magnífico diccionario vasco-francés que desgraciadamente sigue inédito si bien es verdad que ha sido profusamente aprovechado por los lexicógrafos posteriores desde Humboldt, para componer el cual estudió Pouvreau detenidamente las obras impresas de varios autores vascos (Leizarraga, Axular, Harizmendi, Etcheberri, pero no Dechepare) y contó entre sus informadores a Oihenart (Michelena 1960a: 70).

Larramendi (1745: xxxiv-xxxviii) nos cuenta que, para completar su diccionario, además de las mismas fuentes citadas para Pouvreau, empleó las dos doctrinas de Laveuxville (1733), Chourio (1720), Gasteluzar (1686), Beriain (1626), Harriet (1741), Etcheberri de Sara (c. 1712), etc., y además detalla pormenorizadamente cómo recorrió los pueblos en busca de voces nuevas (*op. cit.* lli-liii).¹²⁸ Ni Michelena, ni Villasante, por citar las dos Historias de la Literatura más relevantes, dan cuenta de la lista de escritores y lexicógrafos,¹²⁹ y sólo citan de pasada su labor de recolección:

(127) El origen de la teoría, que tiene implicaciones mucho mayores de las que nos interesa comentar aquí, está en Mokoroa “Ibar” 1935. Es sintomático que esta teoría se geste en un trabajo que pretendía encauzar la literatura vasca. Para una revisión crítica de los principales argumentos de Ibar, véase Urgell 1991.

(128) En Pagola 1992 se puede ver una valoración de los métodos que empleara Larramendi como encuestador —*avant la lettre*, por supuesto—, muy sofisticados para la época.

(129) Es realmente significativo, dado que ambos conocen de sobra el papel que dicha lista ha jugado en la transmisión de muchos conocimientos sobre la historia de la literatura y la lexicografía vascongadas. Recordemos tan sólo a Humboldt, Aizquibel y Manterola, citados en este mismo trabajo (§ 1), y el suplemento del P. Zavala (citado en la n. 6), expresamente elaborado para completar la lista de Larramendi con las obras aparecidas con posterioridad. Por supuesto, en este estado de cosas, sería absurdo pensar siquiera que alguien acometiese la tarea de investigar las fuentes de su diccionario.

...para escribir el *Diccionario* tuvo Larramendi que recoger muchas noticias de labios del pueblo y de las obras impresas que buscó con afán, dándonos un primer esbozo del pasado de la literatura vasca. La disposición del *Diccionario* (castellano-vasco-latín) es un pie forzado que le obligó a rellenar con neologismos los huecos sin traducción (...). (Michelena 1960a: 98).

Esta es, sin duda, la obra que más ha contribuido a desacreditar al P. Larramendi. No porque este Diccionario no suponga una ingente labor de recogida de voces auténticas, sino porque junto a ellas, y sin advertírselo al lector, mete muchas otras de propia fabricación (Villasante 1979: 134).

La diferencia estriba, según parece, en que Pouvreau empleó unas abreviaturas muy cómodas para nosotros, los filólogos vascos, mientras que Larramendi no tuvo la gentileza de avisar de quién tomaba cada palabra. Lakarra (1985 y 1995, principalmente), introductor entre nosotros de la Historiografía de la Lexicografía que quisiera presentar aquí, nos ha mostrado que las cosas son de muy otra manera:

1) Larramendi tenía como meta convertir el vascuence en lengua de cultura. Entre otras cosas, decidió compilar un diccionario castellano-vasco para facilitar la traducción de la cultura —que llegaba a su entorno mayoritariamente en castellano— a su lengua, eligiendo como modelo el mayor diccionario castellano de la época —el *Diccionario de Autoridades* de la Real Academia Española (1726-1739)—, signo evidente de su afán de exhaustividad. El estado de la lengua, apenas empleada en lo escrito, le empujó, primeramente, a reunir voces de cualquier procedencia sin señalar su origen, con la intención de generalizar su empleo, muchas veces limitado al ámbito dialectal; y, en segundo lugar, a crear cientos de neologismos como equivalentes de lo que él denomina “voces facultativas”, es decir, términos pertenecientes a las artes y las ciencias, idea en la que coincidió, entre otros, con lexicógrafos bien valorados como Etcheberri de Sara. Sobra decir que no tenía ningún motivo para pensar en los problemas de los filólogos posteriores.

2) La presentación del diccionario de Pouvreau como una especie de diccionario de autoridades es a todas luces excesiva.¹³⁰ En realidad, las referencias a sus fuentes son bastante escasas y casi siempre aparecen junto a refranes o locuciones; no, por ejemplo (y no es ejemplo inocente) junto a palabras compuestas o derivadas. Es más, en la versión C (Bilbao 1992: 347), la última, es claro que no aumentan las atestiguaciones, sino que en todo caso alguna es eliminada o simplificada. Por otra parte, se trata de un diccionario vasco-francés, ordenado por familias etimológicas, y la propia disposición —junto a otras características, como la repetición de patrones derivativos y la frecuente ausencia de traducción en los derivados— invita a pensar que un buen número de palabras derivadas no son necesariamente atestiguadas por el lexicógrafo, sino deducidas automáticamente de las posibilidades creativas de la lengua.¹³¹

La diferencia entre los supuestos dos polos de la lexicografía vasca queda así reducida a mínimos casi insignificantes.¹³² Y los datos en que nos hemos basado ponen

(130) Toda lo referente a Pouvreau es un extracto de Lakarra 1995.

(131) Tendremos ocasión de dar algunos detalles más sobre este tema en § 5.2.4.

(132) Otro tanto se podría hacer empleando la comparación entre Urte y Larramendi (v. Lakarra 1994b).

en evidencia cuál es el mayor defecto de las valoraciones anteriores: hasta ahora no ha interesado cómo estaba hecho un diccionario, sino sólo qué contenía. Sin embargo, no es ninguna paradoja afirmar que la única manera de conocer qué contiene un diccionario es examinar cómo está hecho, y con qué fines.

5. Hacia una Historia de la Lexicografía Vasca

Pondría en 1985 la fecha en que los diccionarios vascos antiguos han comenzado a estudiarse de otra manera. Si bien el año anterior Michelena avanza algunas ideas (Michelena 1984: 14 y ss.), en este año Lakarra publica el trabajo fundamental de los que ha dedicado a Larramendi (Lakarra 1985a). Con este y otros trabajos que irían saliendo en ulteriores años, la historia de la vascolología en general y la de la lexicografía en particular conocen nuevos caminos.

Centrándonos en la Lexicografía, los diccionarios vascos se constituyen por primera vez en objeto, y no en pretexto, de la investigación. Este cambio, es claro, no tiene su origen en el País Vasco. Ni siquiera en el dominio de la Lexicografía. En todas las ciencias, incluso en las ciencias humanas, se aprecia en la segunda mitad del s. XX un notorio cambio de interés: sus historias dejan de ser una colección de fechas y anécdotas, pasan de contar “qué-quién-cuándo-cómo inventó...”, es decir, de listar los pilares del progreso científico, a hacer una historia de las ideas.

El cambio está ligado tanto a nuevos métodos de hacer Historia, como a nuevas tendencias en Filosofía de la Ciencia, pero explicar el proceso excede con mucho los límites y posibilidades de este trabajo. Diré solamente que se trata de examinar los trabajos de los siglos pasados no desde el punto de vista de nuestros prejuicios, sino, en la medida en que esto es posible, de sus condiciones, de su tiempo y de las tradiciones que dieron por sentadas, intentando comprender el clima de opinión en que trabajaron (Koerner 1989: 49 y 62).

En el campo de la Lexicografía, los primeros pasos en historiografía se dieron a comienzos de este siglo, pero en opinión de muchos las cosas comenzaron a cambiar con el libro de Starnes y Noyes *The English Dictionary from Cawdrey to Johnson 1604-1755*.¹³³ He aquí las intenciones que presentan los autores en el prólogo:

The qualifications of dictionary-makers for the tasks which they set for themselves, their expressed aims (as far as possible in the language of the compilers themselves), their sources, their methods of compilation, the interrelationships of the various texts, the relation of English dictionaries to contemporary bilingual dictionaries, the readers for whom each work is intended, the vogue and usefulness of the various dictionaries —these are among the more important topics treated in this book. The authors thus provide a complete history, as far as information is available, of each dictionary in its numerous ramifications, and

(133) En un trabajo reciente, Béjoint y Thoiron (1996: 5) ponen en los años sesenta el punto de inflexión, citando el congreso de Bloomington 1960 (v. Householder & Saporta 1962) para el inglés y precisamente el trabajo que citaremos a renglón seguido, el de Quemada 1967, para el francés. Con todo, basta ver el prólogo de Stein (1991) a la reedición de Starnes & Noyes para percatarse del valor fundacional que tiene esta obra, de obligada referencia.

trace the slow and uncertain growth toward a definitive and authoritative dictionary of the English language (Starnes & Noyes 1946: iiiii).

Y dicen abiertamente:

The method is historical. Questions of philology and etymology have been discussed only in so far as they contribute to the history of the English dictionary (...). (ibid.).

Un trabajo similar en importancia, y sin duda capital en la francofonía, fue Quemada 1967, donde la labor filológica (búsqueda de fuentes, relaciones entre diccionarios, etc.) es, si cabe, aún más claramente una mera herramienta auxiliar en el análisis de la evolución de los métodos lexicográficos (nomenclatura, tipos de entradas, definiciones, citas...).

En los últimos 20-30 años este tipo de interés ha aumentado visiblemente, y ahora se habla de "Metalexigrafía" o de "Teoría de la Lexicografía". Así la define Hausmann:

Si on appelle *lexicographie* la pratique scientifique qui a pour but de confectionner un dictionnaire (...), on pourra appeler *métalexicographie* toute activité qui fait du dictionnaire un objet de réflexion et de recherche mais qui, elle-même, ne vise pas à la production de dictionnaires (Hausmann 1989: 216).

Y de la siguiente manera Bray:

La métalexicographie se doit, entre autres, de décrire et de commenter l'évolution historique et l'état actuel des différentes techniques (principalement typographiques) mises en oeuvre pour assurer la consultation du dictionnaire. Cette description critique est d'autant plus urgente qu'on peut régulièrement observer une certaine insensibilisation du public, mais aussi de certains éditeurs, vis-à-vis de la composante matérielle du dictionnaire (Bray 1989: 136).

Junto a esta tarea, y paralelamente, se desarrolla lo que Ilson denomina "Arqueología Lexicográfica", cuyos cometidos serían, en suma, analizar las relaciones entre diccionarios:

...the comparison of different editions of the same dictionary, of different dictionaries derived from a common source, or different dictionaries from the same publisher (Ilson 1986: 127).

A estos dos temas, como vamos viendo, no se les ha prestado ninguna atención, sino la meramente anecdótica, a la hora de presentar, examinar o valorar los diccionarios vascos.

5.1. Un nuevo examen: el modelo europeo

Es evidente que todavía estamos bastante lejos de tener nada similar a los trabajos clásicos de Starnes & Noyes o Quemada, o siquiera la interesante contribución de Colon & Soberanas (1985) sobre el catalán. Sin embargo, no tanto como puedan dar a entender las publicaciones: para los repertorios lexicográficos anteriores a Larra-

mendi, contamos con el trabajo doctoral de Lakarra (1993) que, además de presentar *de otra manera* los diccionarios vascos antiguos, ha puesto ante nuestros ojos el tipo de labor que se está haciendo en el mundo y cómo sería aplicable a nuestro caso.¹³⁴

Entre sus logros más interesantes y novedosos está el de encuadrar la lexicografía vasca hasta Larramendi dentro de las corrientes europeas.¹³⁵ El estudio de nuestros diccionarios, como he tratado de mostrar, cuando no se ha quedado en el mero vistazo superficial, se ha hecho sólo mirando hacia dentro, sin tener en cuenta sino de manera anecdótica que tanto la educación de nuestros lexicógrafos como frecuentemente sus modelos han sido foráneos.

Por otra parte, ha remarcado la estrecha relación que existe entre gramática y diccionario, mostrando la importancia que han tenido en sus obras lexicográficas las gramáticas —y, por tanto, las ideas lingüísticas— de autores como Etcheberri de Sara, Pouvreau, Urte, Martin Harriet y Larramendi.

Midiendo los grados de innovación léxica y examinando el carácter del diccionario, ha demostrado que los lexicógrafos tenidos hasta ahora por “juiciosos” fueron plenamente conscientes de la creatividad inherente a la lengua, y que intentaron penetrar en sus mecanismos y aplicarlos en sus diccionarios, como tantos otros compiladores europeos de la época.

5.2. Los métodos de los lexicógrafos

Si tratamos los diccionarios como objetos, podemos analizar cómo quiso el carpintero construir nuestros baúles antiguos, pero también cómo están hechos formalmente, de qué madera, con qué partes, etc. Nos interesa conocer el bagaje y las ideas lingüísticas del compilador, los modelos¹³⁶ y las fuentes empleadas, así como su objetivo (el tipo de diccionario que pretende hacer y el público al que se dirige). Nos interesa, igualmente, ahondar en sus métodos lexicográficos, que son a fin de cuentas los medios con que cuenta para conseguir su objetivo y los que en más de un caso se constituyen en único testigo de sus intenciones.

(134) Hay que señalar que el interés de Lakarra por la Lexicografía en este sentido es subsidiario a su interés más general por la historia de la ideas lingüísticas, como se puede ver en cada uno de los trabajos que citaremos. No quisiera omitir además que, felizmente, hay ahora bastantes investigadores dedicados a estas cuestiones en campos como la gramática, la fonología, la dialectología, etc. Puede verse, p. ej., la recopilación de artículos de Lakarra (ed.) 1992, en torno a la figura de Larramendi o la más amplia *Euskalaritzaren historiaz I* editada por Gómez y Lakarra.

(135) Así, a modo de ejemplo, se sabía que los diálogos de Micoleta estaban tomados de los de Minsheu (Sarasola 1983: 188 y n. 8) y se conocía la existencia (como hemos visto en el § 1) de Voltaire. La primera de estas obras había despertado algún interés por el tipo de lengua que refleja (Michelena 1964 y Sarasola *op. cit.*), mientras que a la segunda, aparte de lo meramente bibliográfico, se le ha concedido el valor de ser “...uno de los ‘raros ejemplares’ de la literatura no religiosa del siglo XVII” (Urkizu 1971: 177), además de su aportación léxica y los datos de tipo histórico-comercial que proporciona (ibid.). Pues bien: Lakarra (1993: 36-70) ha relacionado ambas obras, inscribiéndolas en la larga tradición europea de los “manuales de lengua”, tradición que explica no sólo el carácter y contenido de estas dos obras, sino incluso su localización y, en el caso de Voltaire, su larga y compleja vida editorial. Vide ahora Lakarra 1997a y 1998..

(136) Generalmente foráneos: tengamos en cuenta que los diccionarios vascos han sido al menos bilingües hasta 1984, y que no pocas veces el vasco es la lengua de destino.

Tal vez una de las formas más sencillas y directas de demostrar que este tipo de estudio es eficaz y, por añadidura, puede poner de relieve los errores de enfoques anteriores sea explicitar, aunque brevemente, algunos ejemplos.¹³⁷

5.2.1. Modelos lexicográficos (I): el “genio inventivo” de Hiribarren

Estos son los ejemplos del “génie inventif” de Hiribarren (mediados del s. XIX) que nos ofrece Lhande (1926: xxi), enfrentados a las entradas correspondientes del diccionario de Larramendi, del que es claramente deudor:

HIRIBARREN

Les mots castillans à allure basque sont inscrits d’office au vocabulaire et on leur trouve aussitôt une étymologie et même des dérivés. L’espagnol *arrayan*, myrte, vient de “*arraïdena*, qui est attrayante” et fournit *arraianaga* et *arraianegi* “lieu planté de myrtes”.

le *loizoki* inventé par le fameux jésuite Guipuzcoan pour désigner “cataplasme”, donne à Hiribarren *ailoizoki* (*ahí*, bouillie; *loi*, pâte; *zoki*, attache) et signifie “cataplasme de farine”.

LARRAMENDI

Arrayán, [...] viene del bascuence *array*, que entre otras significaciones tiene el significar apariencia y semblante agradable, como le tiene el arrayán, que está siempre verde.

Arrayanal, *arrayaneguia*, *arrayanaga*.

Cataplasma, emplasto, *loizoquia*. Lat. Cataplasma, tis.

Puchada, *ailoizoquia*. Lat. Pulmentum.

La consecuencia directa de esta despreocupación fue que Lhande, que compiló su diccionario con la intención de hacer un “Azkue septentrional”, seleccionando toda la información de éste sobre los dialectos septentrionales completada con diccionarios como el de Hiribarren y otras fuentes escritas u orales, recogió involuntariamente cientos de neologismos larramendianos.

5.2.2. Modelos lexicográficos (II): Añibarro “dialectólogo”

Uno de los mayores méritos que se han atribuido al diccionario de Añibarro (c. 1808) es que “señala con precisión la provincia a que pertenece la voz” (Villasante 1963: 18) y “resulta un claro precedente de Azkue, de la dialectología y de la geografía lingüística modernas” (Michelena 1963: 106). Pese a que es notoria la influencia del diccionario de Larramendi en el de Añibarro, es un hecho que se ha obviado a la hora de valorar su aportación dialectológica. Nótese en los ejemplos citados más abajo que la mayor parte de las palabras proceden de Larramendi y son clasificadas

(137) Excepto los de Pouvreau (§ 5.2.4) y Harriet (§ 5.2.5), los ejemplos proceden, directa o indirectamente, del trabajo de doctorado que estoy realizando sobre el diccionario de Larramendi, bajo la dirección del profesor Lakarra. Todos ellos son primeras aproximaciones que merecen estudios pormenorizados. Aunque es de sobra conocida la influencia de Larramendi en la lexicografía posterior, su incidencia real ha sido siempre minusvalorada.

por el lexicógrafo sin duda muchas veces gracias a su conocimiento dialectal, pero bastantes otras automáticamente, en base a su aspecto, o directamente como guipuzcoanas (= b.) en atención a su fuente; en varios casos Añibarro se limita a “traducir” al vizcaíno —su dialecto nativo— términos que encuentra en Larramendi.¹³⁸

AÑIBARRO

LARRAMENDI

Abanico, b. <i>axe</i> , g.n. <i>aice emallea</i> , <i>aiceguilla</i> .	Abanico, <i>ai)t{zequiña</i> , <i>aizeguillea</i> , <i>aizeemallea</i> .
Abejón, b. <i>curibioa</i> , <i>curumiñoa</i> ; g. <i>listorra</i> , <i>erlabioa</i> , <i>erlamiñoa</i> .	Abejón, <i>listorrá</i> , <i>erlabioa</i> .
Abión, avión, vencejo, c. <i>elaia andia</i> ; b. <i>cirrinquerua</i> ; g. <i>sorbeltza</i> ; n. <i>enara</i> , <i>enada</i> .	Abión, avión, algunos llaman así al vencejo, <i>sorbeltza</i> . Lat. <i>Apus</i> , <i>odis</i> . Otros llaman así a una especie de golondrinas mayores, <i>enada</i> , <i>elaya andiagoa</i> .
Abuela, c. <i>amanagusia</i> ; b. <i>amandre</i> , <i>drea</i> ; g. <i>amama</i> , <i>amona</i> , <i>amasaba</i> , <i>amagoia</i> ; n. <i>amia</i> ; b. <i>amaxê</i> .	Abuela, <i>amoná</i> , <i>amanagusia</i> , <i>amasaba</i> , <i>amasoa</i> , <i>amagoia</i> .
Adelante, yr adelante, c. <i>joan</i> b.g. <i>aurrera</i> , <i>aurra</i> ; n. <i>aitzinat</i> .	Adelante, <i>aurrera</i> , <i>úrura</i> , <i>aitzinát</i> . Lat. <i>Ultra</i> , <i>ulterius</i> . Ir delante, <i>joan úrrera</i> .

Entre otras cosas, pues, la afirmación de Villasante (1963: 18) de que las voces carentes de información de este tipo “son voces de forja tomadas del P. Larramendi” o bien aparecen así “porque no tenía el autor datos suficientes sobre el particular” debe ser cuidadosamente revisada. No es menos importante señalar que el diccionario de Añibarro es fuente privilegiada del de Azkue, que recoge acriticamente (y a veces inventa) sus referencias dialectales. Veamos algunos ejemplos:

Larramendi	Añibarro	Azkue
Niebla en las miesses, <i>añoa</i> , <i>ludoya</i>	Niebla: c. <i>Lañoa</i> . En parajes bajos: <i>añoa</i> .	AIÑO (...). — 3 (AN, B, G, Añ.), niebla en parajes bajos, como campos, prados, etc.
Cabrón castrado, <i>aquirina</i> .	Cabrón: c. <i>Aquera</i> . Cabronada: c. <i>Aquerqueria</i> . Cabrón capado: <i>aquirina</i> .	AKIRIN (B, Añ.), cabrón castrado.
Granero, <i>alsistua</i> , <i>alteguia</i> , <i>bibiteguia</i> , <i>garauteguia</i> .	Granero: b. <i>garauteguia</i> ; g. <i>alteguia</i> , <i>alsistua</i> ; n. <i>bibiteguia</i> .	ALSISTU (AN, Liz. 71-22, G, Añ.), granero.

(138) Tuve oportunidad de hablar de este tema en los VII. Cursos de Verano de la UPV (1988); una versión, corregida y aumentada, de aquel trabajo se publicará en Urgell 1999b.

5.2.3. Modelos lexicográficos (III): Larramendi y el Diccionario de Autoridades

Hemos observado en los dos ejemplos anteriores cómo obviar el modelo puede conducir a emitir afirmaciones peregrinas sobre el carácter de las palabras analizadas. Con el presente ejemplo pretendo mostrar cómo, además, la comparación con el modelo puede ser fructífera a la hora de precisar su origen: nótese que algunos equivalentes vascos de Larramendi (perífrasis o compuestos) son traducción quasi-literal de parte de las definiciones del *Diccionario de Autoridades*:¹³⁹

DICCIONARIO DE AUTORIDADES	LARRAMENDI
BABIECA. En lo literal es el nombre que pusieron al caballo del Cid; pero se usa de esta voz por translación mui frecuentemente por lo mismo que bobo.	Babieca, <i>ala ceritzan Ciden zaldiari: baña diogunean</i> , es un babieca, <i>esan nai degu guelbera, illaun, motel, gueisancha bat dala</i> . [lit. 'así se llamaba al caballo del Cid; pero, cuando decimos <i>es un babieca</i> , queremos decir que es un zonzo, un badea, un farfullas y un insulso'].
BACHANAL. Cosa perteneciente al Dios Bacho.	Bachanal, <i>Bachori dagocana</i> . [lit. 'lo que pertenece a Bacho'].
BADANA. La piel del carnero, u oveja, curtida, blanda, y de poca dura.	Badana, (...). <i>Badana, narru ondua, larru biguindua</i> . [lit. 'piel curtida, piel ablandada'].
BALLESTEAR. Tirar con la ballesta (...).	Ballestear, <i>ballestatu, ballestaz tiratu</i> . [lit. 'ballestear, tirar con ballesta'].
BALUZ. Pedazo u barra de oro pequeña. Es voz antiquada.	Baluz, voz antiquada, pedazo pequeño de oro que se hallaba en las minas, <i>urru puisca</i> . [lit. 'pedazo de oro'].
BARBACANA. Fortificación que se coloca delante de las murallas (...).	Barbacana, <i>morrallaurrea</i> . [lit. 'delantera de la muralla'].
BARBADA. Cierta género de cadenilla o hierro corvo, que de cama a cama del freno atravesado se pone a los caballos o mulas por debaxo de la barba (...).	Barbada, <i>ocozcatea</i> . [lit. 'cadena de la barbilla'].

El origen de este tipo de "equivalentes" vascos, se encuentra en la declaración de los Académicos sobre los equivalentes latinos de su diccionario: confiesan que para muchas palabras castellanas no hay traducción directa y se ven obligados a expresar con más de una voz latina lo que en castellano es una sola palabra (1726: vii). En el mismo sentido se expresa Larramendi en el prólogo a su diccionario:

(139) Es importante señalar que la elección de la letra B ha sido totalmente inmotivada, y que la selección de las entradas presentadas no es exhaustiva, sino que pretende mostrar distintos tipos de lo que he denominado "traducción quasi-literal". Uno puede, en consecuencia, imaginar la importancia de este tipo de sucesos a lo largo del diccionario de Larramendi.

[He añadido el Latín] para desengañar a aquellos mal instruídos Bascongados, que con errada aprehensión piensan que a toda voz Castellana ha de corresponder otra voz simple Bascongada. Qué presto y fácilmente depondrían este error, si al contrario quisiera buscar en Castellano voces correspondientes a otras muchas del Bascuence: pues, luego por experiencia encontrarían muchísimas voces sin correspondientes simples en Castellano. Pongo pues el Latín, para que vean que aun en esta Lengua muchas veces no puede explicarse una voz Castellana, sino por perifrasi o por dos o más voces, y que no deben extrañar esto en el Bascuence (1745: xlv).

5.2.4. Organización del diccionario: *Pouvreau y la creación léxica*¹⁴⁰

Aunque con frecuencia la organización de un diccionario —su macroestructura— se toma como un hecho meramente anecdótico, en realidad es un elemento que puede aportar información relevante sobre el trabajo del lexicógrafo.

El único aspecto de esta posibilidad que había sido contemplado con anterioridad entre nosotros era la extendida opinión de que Larramendi —y otros como él— se vieron obligados a inventar palabras nuevas por haber elegido un orden castellano vasco (Ibar 1935: 121, Michelena 1960a: 98, Villasante 1979: 135, etc.). Esta opinión da por supuesto, *a contrario*, que el orden vasco-castellano (o francés, etc.) es en sí mismo garantía de la autenticidad de las palabras recogidas. Sin embargo, el diccionario de *Pouvreau* puede ser un buen ejemplo de lo errado de esta suposición:

cimurra, ride.
cimurtcea, rider, fourir.
cimurtasuna
cimurdura

circilla, dechiré en ses habits.
circiltcea
circildura
circiltasuna
circilqui

cofia, coïeffe
cofiatcea
cofiadura

colera, colere
coleratcea
coleratsua
coleramendua

consolatcea, consoler.
consolacionea, consolation.
consolamentua
consolagarria
consolatçaillea

curiosa, curieux.
curiostasuna
curiosteá
curiosqui

çurmindua, moisi, vermoulou.
çurmindura
çurmintasuna
çurmintcea

(140) Ejemplos e interpretaciones están tomadas, por lo general, de Lakarra 1995.

En realidad, ya se suponía (Michelena 1961a: 370, por ejemplo) que también Pouvreau había creado alguna palabra por su cuenta. El hecho relevante es que no hay alguna palabra nueva pese a ser un diccionario euskara-francés, sino precisamente *porque su orden es ése*. En efecto, el diccionario de Pouvreau presenta una organización semi-alfabética, mediatizada por una presentación etimológica (familias de palabras) que es bien conocida, incluso en los diccionarios vascos (van Eys, Maurice Harriet, Lhande, etc.).

Para un lexicógrafo que conoce las reglas de formación de palabras de la lengua, es realmente sencillo rellenar las lagunas de un diccionario organizado de esta manera; pongamos, por ejemplo, que sólo ha encontrado en sus fuentes (orales o escritas) el adjetivo *alfer* “perezoso”; sin saber demasiado vasco y sin demasiado trabajo, podrá reponer los sustantivos abstractos *alfertasun* “pereza” o *alferkeria* “pereza (con sentido despectivo)” y el verbo *alfertu* “volverse perezoso”.

Esto es algo que —como es sabido—¹⁴¹ han solido y suelen hacer los lexicógrafos en cualquier lengua. Y es la razón por la que Michelena, como vimos anteriormente, se empeñó en denunciar los diccionarios como fuentes sumamente dudosas: porque suelen recoger, sin reparo, lo que es y lo que podría ser.¹⁴²

En cualquier caso, si ha habido una época en la que la importancia de la derivación ha sido evidente, es precisamente en los siglos de los que estamos hablando: la morfología de las lenguas vulgares estaba en sus inicios y los lexicógrafos, normalmente, quedan deslumbrados por las posibilidades de derivación que descubren: estaban experimentando en propia carne, como suele decirse, el poder creativo de la lengua. No deberíamos olvidar que entonces no era en absoluto evidente que todas las lenguas tuvieran reglas: había las que las tenían con certeza (hebreo, griego, latín) y una gran mayoría que debía mostrar que las tenía; en este trabajo se empeñaron muchos, intentando demostrar cada cual que la propia tenía en sí todos los atributos requeridos para ser una lengua de cultura.

Hacernos cargo de esto nos enseña dos cosas, no sólo sobre Pouvreau, sino también sobre la mayoría de los lexicógrafos antiguos —y abre caminos para su investigación—: 1) es de esperar que haya palabras nuevas, así como las hay en nuestros diccionarios actuales; 2) si acertamos a descubrir cómo son (frecuentemente con la ayuda de las gramáticas adjuntas), sabremos mejor lo que sabía o creía saber un Pouvreau —o un Larramendi— acerca de la morfología del vascuence.

5.2.5. *El orden de las lenguas: los vocabularios de Harriet (1741)*¹⁴³

El orden de las lenguas en un diccionario bilingüe puede condicionar —y, de hecho, condiciona, como hemos visto— el contenido del mismo. En casos como el de la Gra-

(141) Cf. lo que explica el mismo Lakarra (1995: 24 y ss), especialmente sobre Oudin, una de las fuentes de Pouvreau, y la bibliografía que aporta.

(142) Osselton (1983: 15) señala, por ejemplo, que palabras como ing. *commemorable* o *liquesency*, procedentes de los primeros diccionarios bilingües latín-inglés, no han sido probablemente usadas por ningún escritor (ni, por supuesto, en la lengua hablada), pero siguen manteniéndose, de diccionario en diccionario, hasta nuestros días.

(143) Tomo de Lakarra 1994a los datos, y resumo algunas de sus conclusiones.

mática de Harriet, en la que se presentan dos vocabularios bilingües, vasco-francés y francés-vasco, analizando el contenido de cada uno de ellos y comparándolos entre sí se obtienen datos realmente interesantes sobre el modo de trabajar del lexicógrafo.

Los dos vocabularios de Harriet son muy desiguales en tamaño —el primero tiene 56 págs. (1741: 268-323) y el segundo 115 (ib. 324-440)—, lo que en el fondo no es más que el reflejo del muy distinto modo en que cada uno de ellos ha sido elaborado.

En un pequeño apartado denominado “Escualdunei gomendioa eta Abisua” (“Consejo y Aviso a los bascongados”; Harriet 1741: 506-507), Harriet señala que tiene hecho otro libro —hoy desconocido— en dos partes, la segunda de ellas con el objetivo de “...escualdunec berce hitzcuncetaric hartuac dituzten hitcen khentceco” (“eliminar las palabras que los bascongados tienen tomadas de otras lenguas”, es decir, los préstamos; op. cit. 507).

En realidad, parte de esta labor ha sido realizada en el camino que va desde el vocabulario vasco-francés al francés-vasco:

VASCO-FRANCÉS	FRANCÉS-VASCO
abondancia, frangancia, <i>abondance</i>	<i>abondance</i> , fra[n]gancia
abandonatcea, largatcea, <i>abandonner</i>	<i>abandonner</i> , largatcea
acceptatcea, on harcea, <i>accepter</i>	<i>accepter</i> , topatcea, onharcea
accordatcea, bakhettea, <i>accorder</i>	<i>accorder</i> , bakhettea

En concurrencia con esta labor de “limpieza” de préstamos, se observa en el vocabulario francés-vasco la aparición de nuevos correspondientes, no recogidos en el vasco-francés:

VASCO-FRANCÉS	FRANCÉS-VASCO
Airatcea, <i>voler</i>	<i>Voler, avec ailes</i> , hegaldatcea, airatcea
Akhusatcea, <i>accuser</i>	<i>Accuser</i> , acusatcea, gaineguitea
Akhabatcea, <i>achever</i>	<i>Achever</i> , neitcea, akhabatcea; <i>finir</i> , akhitcea

Esta segunda faceta esta ligada, entre otras cosas, al uso de los sufijos de derivación, proporcionalmente mucho mayor en el vocabulario vasco-francés: por ejemplo, el sufijo *-tasun* aparece en 18 palabras distintas en uno y en 116 en el otro; otro tanto sucede con *-ari* (10/39), *-dura* (4/55) o *-garri* (5/20).

Parece evidente, pues, que mientras en el voc. vasco-francés se limitó en principio a recoger el uso de la lengua, en el francés-vasco el lexicógrafo jugó un papel mucho más activo, seleccionando voces y proponiendo nuevos correspondientes cuando lo consideró oportuno.

5.2.6. La entrada léxica: Larramendi y sus etimologías

Tener en cuenta toda la información contenida en la entrada léxica puede ser un factor determinante a la hora de valorar alguna de sus partes. Se trata, en principio, de decidir si se trata de un diccionario traductivo simplemente, o bien ofrece otro tipo de información (gramatical, etimológica, enciclopédica, etc.).

Un buen ejemplo de la utilidad de este tipo de estudio nos lo ofrece el diccionario de Larramendi: ya Michelena (1984: 14) relacionó ciertas etimologías con la aceptación de los préstamos castellanos correspondientes. Un examen más atento demuestra que el préstamo no es la única consecuencia previsible de la etimología, sino que puede conducir, bien a consignar con nuevos significados palabras patrimoniales vascas (véanse abajo *optativo* y *socarra*), bien a la creación de neologismos basados en los mismos componentes expresos de la propuesta etimológica (véanse *orondadura* y *soberano*):

EQUIVALENTES	EXPLICACIÓN ETIMOLÓGICA
Optativo, <i>opagarria</i> . [lit. 'deseable', o bien 'digno de ser ofrecido'].	Esta voz, que es Latina, y el <i>opto</i> , <i>as</i> , viene de el Bascuence <i>opá</i> , deseo, y <i>opatu</i> , desear.
Orondadura, <i>urondadura</i> .	Orondo, pomposo, amigo de ser visto, es de el Bascuence <i>urondo</i> , <i>urondoa</i> , que significa la orilla de el mar o río, que es sobresaliente. [De <i>ur</i> 'agua' y <i>ondo</i> 'ceranía', cf. <i>ondoan</i> 'cerca'].
Soberano, <i>soberanoa</i> , <i>soberandicoa</i> .	Soberanía, poderío sobre todos, es voz Bascongada <i>soberania</i> , <i>soberandia</i> , y significa el exceso grande, de <i>soberá</i> , exceso, y <i>andia</i> , grande.
Socarrado, <i>sucartua</i> . [lit. 'enfebrecido'].	Socarra, la acción de socarrar, es de el Bascuence <i>sucarra</i> , que significa llama de el fuego, de <i>carrá</i> , <i>garra</i> , llama, y <i>su</i> , <i>sua</i> , fuego, y por Analogía a la calentura llaman también en un dialecto <i>sucarrá</i> .
Socarrina, chamusquina, <i>sucarquiña</i> .	Socarrar, passar alguna cosa por el fuego, es de el Bascuence <i>sucartu</i> , que significa lo mismo, y véase <i>socarra</i> .
Socarronamente, <i>sucarquiro</i> .	
Socarronería, <i>socarrería</i> .	

5.3. Perspectivas

Por medio de estas vías de investigación, por un lado, se está construyendo la Historia de la Lexicografía: en los últimos 50 años se han aprendido multitud de cosas sobre la historia del diccionario y la evolución de las técnicas lexicográficas; es cada día más evidente que analizando de dónde surgen los diccionarios, cómo han sido y cómo han ido cambiando, entenderemos mucho mejor cómo son los actuales. Por otro lado, también conocemos cada vez mejor la propia historia de la lexicografía en cada lengua, y cómo los avances producidos en una lengua determinada han influido en lenguas geográfica y/o culturalmente cercanas o dependientes.

Analizar los diccionarios vascos como creaciones endógenas y aisladas, como frutos casuales del genio —sea recopilador o inventivo— del autor, como recipientes

accesorios de palabras, atender sólo a su parte vasca como si la castellana, francesa o latina fuera una mera anécdota, redundando no sólo en perpetuar la ignorancia endémica sobre la Historia de la Lexicografía Vasca, sino también en multitud de malinterpretaciones sobre el origen, sentido e incluso la propia forma de las palabras vascas que se suponía eran el verdadero objeto del estudio.

Por el contrario, un análisis metalexográfico, que aspire a reconstruir el entorno cultural, las ideas lingüísticas, las ambiciones, los referentes y las fuentes de cada lexicógrafo, así como a determinar el carácter de la macroestructura (organización general) y la forma y función de los elementos de la microestructura (contenido de la entrada léxica) del diccionario, aparte de su evidente aportación a la Historia de la Lexicografía, que también se nutre de los avatares de las lenguas minoritarias, ayudará a comprender mejor, sin duda, la difusión y evolución de las ideas lingüísticas en y sobre el vascuence, y sobre la Lengua en general; sin olvidar que dejará el texto mejor preparado para su eventual empleo filológico, lingüístico o lexicográfico, incluso si se trata de un texto difícil como el diccionario de Larramendi.

Bibliografía

- Abbadie, A., 1836, "Prolegomènes", in J. A. Chaho, *Etudes grammaticales sur la langue euskarienne*, Arthus Bertrand, Paris.
- Adelung, J. Ch., 1806-1817, *Mithridates oder allgemeine Sprachkunde*, (5 vols.) Berlin.
- Agud, M. & Michelena, L., (eds.), 1958, *N. Landuchio. Dictionarium Linguae Cantabrigiae (1562)*, Imprenta de la Diputación de Guipúzcoa, San Sebastián.
- Aizpitarte, J. M., 1785, *Catálogo de voces Bascongadas, con las correspondencias castellanas*, dicc. ms., incompleto al parecer, guardado en la Biblioteca de Loyola (Sección 3ª, serie 1ª, nº 47).
- Aizquibel, J. F., [1883], *Diccionario basco-español titulado Euskeratik Erderara biurtzeco itztegia*, E. Lopez, Tolosa. Ed. facsímil, Izaro, Donostia, 1984.
- Akesolo, L., 1954, "Euskalherriaren Adiskideak eta Euskal-Hiztegia" *EG* 5 (9-10), 152-153.
- , 1967, "Un diccionario vasco inserto en *Memoires de la langue celtique* de Bullet 1755-1760", *BAP* 23, 141-147.
- Alday, J. M., 1991, *Historia del nacionalismo vasco en sus documentos*, IV, Eguzki, Bilbao.
- Altuna, F., 1967, "Larramendiren hiztegi berria", *Euskera* 12, 139-300.
- , 1989, "Hitz bi" in Urquizu 1989, I, 5-6.
- Añibarro, P. A., c. 1800, v. Villasante 1963.
- Archu, J. B., 1852, *Uskara eta Franzes Gramatika*, Bayonne. Ed. facsímil (de la 3ª, Bayonne, 1868), Hordago, San Sebastián, 1979.
- Arzamendi, J., 1981, "Euskal lexikografiaren historiarako hastapenak", *Euskal linguistika eta literatura: bide berriak*, Publicaciones de la Universidad de Deusto, Bilbao, 163-193.
- Astigarraga y Ugarte, L., 1825, *Diccionario Manual bascongado y castellano, y elementos de gramática, para el uso de la juventud de la M.N. y M.L. Provincia de Guipuzcoa, con ejemplos y parte de la doctrina cristiana en ambos idiomas*, J. M. de la Lama, Tolosa.
- Azkue, R. M., [1905-1906], *Diccionario vasco-español-francés* (2 tomos), Bilbao. Ed. facsímil, La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao, 1969.
- Azpiroz, J. M., 1963-64, "Azkue jaunaren itztegia osatzeko, Naparroako Leitzen bildutako itz-bilduma", *Euskera* 8-9, 317-331.
- , 1967, "Azkue jaunaren itztegia osatzeko, Naparroako Leitzen bildutako itz-bilduma", *Euskera* 12, 5-24.

- _____, 1981, "Azkueren hiztegiari gehituz", *Euskera* 26, 239-244.
- _____, 1982, "Euskal hiztegiaren gehigarriak Nafarroan. 3. Atala", *Euskera* 27, 657-664.
- Béjoint, H. & Thoiron, Ph., (eds.), 1996, *Les dictionnaires bilingues*, Aupelf-Uref - Editions Duculot, Louvain-la-Neuve.
- Bilbao, G., 1991, "Larramendiren garaikide bat: zenbait xehetasun Joanes Etxeberri Sarakoz", *ASJU* 25: 3, 751-768.
- _____, 1992, "Pouvreuren Hiztegi Laukoitza", *ASJU* 26: 2, 341-389.
- Bilbao, J., 1978-81, *Eusko Bibliographia*, 10 vols., Auñamendi, San Sebastián.
- Bouda, K., 1972, "Supplement zu Azkues Wörterbuch aus Barandiarans Folklore texten", *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra* 4, 53-55.
- Bozas Urrutia, R., 1963, "Contribución a las contribuciones de Justo Gárate", *BAP* 19, 374-78.
- Bray, L., 1989, "Consultabilité et lisibilité du dictionnaire: aspects formels", in Hausmann et alii (eds.), 135-146.
- Bullet, J. B., 1744-60, *Mémoires sur la langue celtique*, 3 vol., Paris.
- Burgaud des Marêts, 1866, *Notes de A. Oihenart pour le glossaire basque de Pouvreau...*, Didot, Paris.
- Chaho, A., 1856, *Dictionnaire basque, français, espagnol et latin, d'après les meilleurs auteurs classiques et les dictionnaires des Académies française et espagnole*, P. Lespès, Bayonne.
- Colon, G. & Soberanas, A.-J., 1985, *Panorama de la lexicografía catalana. De les glosses medievals a Pompeu Fabra*, Enciclopèdia Catalana, Barcelona.
- Darricarrere, J. B., 1900, *Hitztegui heuskara Frantziako eta Espainiako erderatara itzulija*, A. Lamaignère, Bayonne.
- Dodgson, E. S., (ed.), 1897, *Modo breve de aprender la lengua bizcaina compuesto por el Ldo. Rafael Micoleta...*, F. De P. Díaz, Sevilla.
- _____, 1898, "The Biscayan grammar. Vocabulary and bilingual dialogues of Rafael Micoleta (Bilbao 1653)", *RLPhC* 31, 35-41.
- Dubarat, V., 1914, "Le Dictionnaire basque et les Rudiments du P. Dominique Bidégaray, franciscain du Couvent de Pau (1675-1679)", *RIEV* 8, 6-16.
- Eguren, J. M. de, 1867, *Método práctico para enseñar el castellano en las escuelas vascongadas*, Vitoria. *Diccionario vasco-castellano y método para enseñar el castellano a los vascongados*, 2ª ed. refundida del anterior, San Sebastián, 1878, etc.
- Etxebarria, J. M., 1990, "XVIII eta XIX. gizaldietako sei hiztegi argitaragaberen berri", in E. Pérez & P. Urkizu (eds.), *Patxi Altunari Omenaldia*, Mundaiz, EUTG, Donostia-San Sebastián, 63-83.
- _____, 1994, "Vocabulario vasco-francés izeneko XIX. mendeko hiztegia", *Cuadernos de Sección, Hizkuntza eta Literatura*, Sociedad de Estudios Vascos, San Sebastián, 9-141.
- Etxebarria, M. C. & Etxebarria, J. M., 1990, "Diccionario inédito vasco-castellano de Jose Mª Odriozola y L. L. Bonaparte", *Cuadernos de Sección, Hizkuntza eta Literatura* 10, Sociedad de Estudios Vascos, 15-63.
- Euskaltzaindia, 1959, "Euskal itzak zein diren", *Euskera* 4, 214-217.
- Fabre, M.-H.-L., 1870, *Dictionnaire français-basque*, P. Cazals, Bayonne.
- Fita, F., 1881, "Suplementos al Diccionario trilingüe del P. Larramendi, escritos en 1746 por el P. fray José de María, Carmelita Descalzo", *Revista de Ciencias Históricas* 2-3.
- Gárate, J., 1930-1975, "Contribución al diccionario vasco", *RIEV* 1930 (21) 153-163 a 1975 ("XIV Contribución...").
- _____, 1936, *La época de Pablo Astarloa y Juan Antonio Moguel*, Imprenta Provincial de Vizcaya, Bilbao.
- _____, 1972, "El lingüista leniztar Fr. Melchor de Oyarguren", *Euskera* 17, 99-100.
- _____, & Ruiz de Arbulo, F., 1971, "El lexicógrafo José María de Aizpitarte, vecino de Vitoria", *Boletín de la Institución Sancho el Sabio* 15, 257-267.

- Garmendia, J., 1968, *Obras inéditas de Iztueta*, Bilbao.
- _____, 1980, "Noticias desconocidas sobre Francisco Ignacio de Lardizabal", *BAP* 36, 407-409.
- Gèze, L., 1873, *Elements de grammaire basque*, Bayonne. Ed. facsímil, Hordago, San Sebastián, 1979.
- Goldmann, G. A. F., 1807, *Commentatio qua trinarum linguarum Vasconum, Belgarum et Celtarum, quarum reliquiae in linguis vasconica...*, Heinr. Dietrich, Gottinga.
- Haristoy, P., 1895, "Le capitaine Duvoisin et ses travaux", *Euskal-Erria* 32, 213-217, 273-276, 365-372, 401-405.
- Harriet, M., 1741, *Gramatica escuaraz eta Francesez, composatua francez hitzcunça ikbasi nabi dutenen faboretan*, Fauvet Alarguna eta J. Fauvet, Bayona. Ed. moderna de los vocabularios en Lakarra 1994a, que aporta un diccionario inverso vasco-francés.
- Hausmann, F. J., 1989, "Pour une histoire de la métalexigraphie", in Hausmann et alii, (eds.) 216-224.
- _____, et alii, (eds.), 1989, *Wörterbücher: ein internationales Handbuch zur Lexikographie*, Walter de Gruyter, Berlín, etc.
- Householder, F. W., & Saporta, S., (eds.), 1962-67, *Problems in Lexicography*, Indiana University, Bloomington.
- Humboldt, W., [1817], *Berichtigungen und Zusaetze zum ersten Abschnitte des zweyten Bandes des Mitbridates über die Cantabrische oder Baskische Sprache*, Berlin. Traducción castellana de J. Gárate, *RIEV* 24 (1933), 460-487 y 25 (1934), 87-126.
- Ibson, R., 1986, "Lexicographic Archaeology: Comparing Dictionaries of the same family", in Hartmann (ed.), *The History of Lexicography*, (Studies in the History of the Language Sciences, 40), Benjamins, Amsterdam/Philadelphia, 127-136.
- Irigoyen, A., 1956, "Aportaciones al Diccionario Vasco", *Euskera* 1, 47-48.
- Iztueta, J. I., [c. 1840], *Vocabulario del Vascuence*, P. Urkizu ed., Iztueta Fundazioa, Zaldibia, 1996.
- Kerejeta, M. J., 1991, "Oihenart Silvain Pouvreauren hiztegia", *ASJU* 25: 3, 865-899.
- Koerner, K., 1989, *Practicing Linguistic Historiography*, Studies in the History of the Language Sciences 50, John Benjamins, Amsterdam/Philadelphia.
- Lacoizqueta, J. M., 1888, *Diccionario de los nombres euskaro de las plantas, en correspondencia con los vulgares, castellanos y franceses, y científicos latinos*, Pamplona. Ed. facsímil, Gobierno de Navarra, Pamplona, 1994.
- Lafon, R., 1956, "Corrections et additions aux dictionnaires d'Azkué et du P. Lhande", *Euskera* 1, 26-30.
- Laka, I., 1987, "Sabino Arana Goiri eta Hiperbizkaiera (Hiperbizkaieraren historiaz. III)", *ASJU* 21: 1, 13-40.
- Lakarra, J. A., 1985a, "Larramendiren hiztegitzaren inguruan", *ASJU* 19: 1, 9-50.
- _____, 1985b, "Berriz Larramendiren segizioko zenbaitez", *ASJU* 19: 1, 439-452.
- _____, 1987, "Lécluse-ren Euskal Gramatika. Euskalaritzaren Historiarako Lanabesak (I)", *ASJU* 21: 3, 813-916.
- _____, 1991, "Testukritika eta hiztegiak: Harriet eta Larramendi", *Memoriae L. Mitxelena Magistri Sacrum*. Suplementos de *ASJU* 14, 217-258.
- _____, (ed.), 1992, *Manuel Larramendi. Hirugarren Mendeurrena (1690-1990)*, Andoingo Udala, etc., Andoain.
- _____, 1993, *xviii. mendeko hiztegitzaren etorkiez*, tesis inédita de la UPV/EHU, Vitoria.
- _____, 1994a, "Harrieten Gramatikako hiztegiak (1741)", *ASJU* 28: 1, 1-178.
- _____, 1994b, "Euskal hiztegitzaren historiarako: II. Gogoetak Urteren hiztegitzaz", *ASJU* 28: 3, 871-884.

- _____, 1994c, "Euskal hiztegi gintzaren historiarako: III. Urteren Gramatikako hiztegia", *ASJU* 28: 3, 885-914.
- _____, 1995, "Pouvreuren hiztegiez eta hiztegi gintzaren historiaz", *ASJU* 29: 1, 3-52.
- _____, 1996a, "Iturrien erabilera eta tamainak egitura(z) zehaztuaz: *Refranes y Sentencias eta Hiztegi Hirukoitza*. (XVI. mendeko bizkaierazko errefracuez III)", *Uztaro* 16, 21-55.
- _____, 1996b, "Lexiko berrikuntza euskal hiztegi zaharretan: zenbait ikergai", *Uztaro* 19, 3-40.
- _____, 1997a, «Hizkuntz eskuliburuen tradizioaz: *L'Interpret*: I. Gramatika eta hiztegia (~1620)». En prensa en *ASJU* 31: 1.
- _____, 1997b, «Euskararen historia eta filologia: arazo zahar, bide berri». En est número de *ASJU* 31: 1.
- _____, 1998, «Hizkuntz eskuliburuen tradizioaz: *L'Interpret*: II. Elkarriketak (~1620)». En prensa en *ASJU* 32: 1.
- ___ & Urgell, B., 1988, "Lécluse-ren Hiztegia. Euskalaritzaren Historiarako Lanabesak (II)", *ASJU* 22: 1, 99-211.
- Landerreche, M., 1916, "De algunas palabras del diccionario de Azkue: *sinhetsi*, obedecer", *Euskal Eснаlea* 6, 202-203, 266.
- Landucci, N., 1562, *Dictionarium Linguae Cantabrigiae*. Manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid (sig. U. 252). Ed. de Agud & Michelena 1958.
- Larramendi, M., 1745, *Diccionario trilingüe del castellano, bascuence y latín*, Bartholomé Riesgo y Montero, San Sebastián. *Diccionario Trilingüe (...)*. Nueva edición, publicada por don Pío de Zuazua, San Sebastián, 1853. Se cita por el facsímil de la primera ed., Txertoa, Donostia, 1984.
- _____, *Diccionario vasco-castellano*, v. Altuna 1967.
- Latasa, M. de, 1856, *El Album del Viajero*, San Sebastián.
- Lécluse, F., 1826, *Grammaire basque*, Toulouse y Bayona. Ed. de Lakarra 1987 (gramática) y Lakarra & Urgell 1988 (vocabularios).
- _____, 1827, *Dictionnaire basque, espagnol et français (...)*. *Prospectus*, Toulouse. Ed. de Lakarra & Urgell 1988.
- Lekuona, M., 1958, "Noski Azkueren iztegian", *Euskera* 3, 21-23.
- Lhande, P., 1925, "L'abbé Martin Hiribarren et son Dictionnaire Basque", *GH* 5, 489-503.
- _____, 1926, *Dictionnaire Basque-Français*, Gabriel Beauchesne, Paris.
- Malkiel, Y., 1967, "A typological Classification of Dictionaries on the Basis of Distinctive Features". Householder & Saporta (eds.), 3-24.
- Manterola, J., 1880, "Curiosidades bascongadas", *Euskal Erria* 1, 45-47 y 166-168.
- Mayans, G., [1737], *Orígenes de la Lengua Española*, Juan de Zuñiga, Madrid. Ed. de A. Mestre, *Obras completas II. Literatura*, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, Valencia, 1984, 313-419.
- Michel, F., [1857], *Le Pays Basque, sa population, sa langue, ses moeurs, sa littérature et sa musique*, Paris. Ed. facsímil, Elkar, Zarauz, 1981.
- Michelena, L., 1958, "Introducción [a Landuchio] in Agud & Michelena (eds.) 1960a, *Historia de la Literatura Vasca*, Minotauro, Madrid.
- _____, 1960b, "Errores, descuidos, erratas y similares", *BAP* 16, 228-231.
- _____, 1961a, "Euskal iztegi gilleak XVII-XVIIIgarren mendeetan", *Euskera* 6, 7-22.
- _____, 1961b, "Notas lexicográficas", *BAP* 17, 339-340.
- _____, 1962, "Beharki Leizarragaren Testamentu Berria-n", *Euskera* 7, 59-60.
- _____, 1963, "Bibliografía. Fr. Pedro Antonio de Añibarro. Voces bascongadas diferenciales (...)", *BAP* 19, 105-108.
- _____, 1964, *Textos arcaicos vascos*, Minotauro, Madrid.

- _____, 1965, "El Diccionario Vasco proyectado por la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País...", *Colección de documentos inéditos para la Historia de Guipúzcoa* 6, Publicaciones de la Excma. Diputación de Guipúzcoa, San Sebastián, 99-126.
- _____, 1967, "Jondane Gneli Arcangelia", *Egan* 26, 104-105.
- _____, 1968, "Abe, fatalidad, desgracia", *BAP* 24, 257-258.
- _____, 1969 "Sobre algunos nombres vascos de parentesco", *FLV* 1, 113-132.
- _____, 1970, *Estudio sobre las fuentes del Diccionario de Azkue*, Centro de Estudios Históricos de Vizcaya, Bilbao.
- _____, 1971, "Egunak eta egun izenak", *Munibe* 23, 583-591.
- _____, 1974, "De lexicografía vasca. A propósito de *Axularren Hiztegia (...)*", *FLV* 6, 103-21.
- _____, 1975, "Gorputz eta soin", *Euskera* 20, 353-358.
- _____, 1984, "Aurkezpena", in Sarasola 1984-1995, 11-23.
- _____, 1987-1998, *Diccionario General Vasco*, 11 vols. hasta la fecha, Desclée De Brouwer y Mensajero, Bilbao.
- Micoleta, R., 1653, *Modo breue para aprender la lengua vizcayna compuesto por el Id. Rafael Micoleta, presbytero de la muy leal y noble villa de Bilbao*. Manuscrito del British Museum (Harl. 6314). Eds. de Sampere 1881, Dodgson 1897, Michelena 1964 (parcial), Sarasola 1983 (parcial) y Zelaieta (1988).
- Moguel, J. A., 1801 (?), *Nomenclatura de las voces Guipuzcoanas, sus correspondientes Vizcaynas y Castellanas, para que se puedan entender ambos dialectos*, Tolosa, 1802 (publicado junto a otra obra del mismo autor, ocupa las págs. 24-31). Edición moderna de Villasante 1964 (con notas de Añibarro); se ha publicado también en *Euskalzale* 2 (1898), 307 y 313-314, y como apéndice al *Peru Abarca* del mismo autor, Asociación Gerediaga, Bilbao, 1981, 221-240.
- Mokoroa, J. M., "Ibar", 1935, *Genio y Lengua*, Librería de Moco-roa Hermanos, Tolosa.
- Novia de Salcedo, P., 1887, *Diccionario Etimológico del Idioma Bascongado*, E. Lopez, Tolosa. Ed. facsímil, Amigos del Libro Vasco, Bilbao, 1984.
- Oihenart, A., 1665, *Observation envoyées à S. Pourreau par Arnould Oibènart*. Colección de cartas manuscritas, Biblioteca Nacional de París, Fondo Vasco-Celta (BNP 8). Ediciones de Burgaud des Marèts 1866, Urquijo 1910 y Kerejeta 1991.
- Omaechevarría, I., 1949, *Misiones Franciscanas*, 3 y ss.
- Ondarra, F., 1980, "Joaquín Lizarraga en el Diccionario de Azkue", *FLV* 34, 107-141.
- Ormaechea, N., 1927, "Euskal-literaturaren atze edo edesti laburra", *Euskal Esnalea* 17, 148-156, 169-173, 191-196, 205-215, 228-237 y 246-252.
- Osselton, N. E., 1983, "The History of English-language Dictionaries", in R. R. K. Hartmann (ed.), *Lexicography: Principles and Practice*, Academic Press, Londo-Orlando, 13-21.
- Otaegui, C., 1957, "De los papeles inéditos de la Colección Bonaparte, en el Archivo de la Diputación de Guipúzcoa", *BAP* 13, 285-289.
- Pagola, R. M., 1992, "Larramendi eta dialektologia". In J. A. Lakarra (ed.), 247-265.
- Peillen, Tx., 1983, "Bela-ko zaldunaren Zuberotar hiztegia, XVIII. mendean", *FLV* 15 (n. 41-42), 127-146.
- Pérez, L., 1909, "Los franciscanos en el Extremo Oriente. (Noticias bio-bibliográficas)", *RIEV* 3, 17-23.
- Pouvreau, S., 1665, *Dictionnaire basque-français*. Manuscritos de la Biblioteca Nacional de París, Fondo Celta-Vasco (BNP 7 y 8). Edición moderna del ms. C (*arrayoa-aztorea*) y de la parte correspondiente de A, en Bilbao 1992.
- Quemada, 1967, *Les dictionnaires du français moderne (1539-1863). Etude sur leur histoire, leurs types et leurs méthodes*, Didier, París, etc.
- Salaberry, M., 1856, *Vocabulaire de mots basques bas-navarrais, traduits en langue française...*, impr. veuve Lamaignère, Bayonne.

- Sampere y Miquel, S., (ed.), 1881, *Modo breve para aprender la lengua Vizcaína...*, Barcelona.
Apareció por primera vez en la *Revista de Ciencias Históricas* II (1881).
- San Martín, J., 1959, *Mogel. Bere bizitza ta lanak*, Itxaropena, Zarautz.
- Sarasola, I., 1976, *Historia social de la Literatura Vasca*, trad. de J. A. Cid, Akal, Madrid.
- _____, 1983, "Contribución al estudio y edición de textos antiguos vascos", *ASJU* 17, 69-212.
- _____, 1984-95, *Hauta-Lanerako Euskal Hiztegia*, 9 vols., GAK, Donostia/San Sebastián.
- _____, 1996, *Euskal Hiztegia*, Kutxa fundazioa, Donostia/San Sebastián.
- _____, 1997a.
- _____, 1997b, "Euskal hitz altxorraz", En prensa en este *ASJU* 31: 2.
- Schuchardt, H., [1906], *Baskisch und Romanisch; zu De Azkue baskischen Wörterbuch*, Niemeyer, Halle. Trad. castellana de A. Goenaga, *BAP* 13 (1957), 464-487, 15 (1959), 181-205 y 16 (1960), 339-363.
- Sorarrain, G., [1891], *Catálogo de obras éuskaras*, Barcelona. Ed. facsímil, Caja de Ahorros Vizcaína, Colección Bibliográfica, Bilbao, 1984.
- Starnes, D. W. & Noyes, G., [1946], *The English Dictionary from Cawdrey to Johnson 1604-1755*. Nueva ed. de G. Stein, John Benjamins, Amsterdam/Philadelphia, 1991.
- Stempf, V., 1888, *Vocabulaire, page par page, des poésies basques de Bernard Decbeperre, d'après l'original de 1545 conservé à la Bibliothèque Nationale à Paris*, P. Destouesse, Bourdeaux.
- Subirats-Rüggeberg, C., 1994, "Grammar and Lexicon in Traditional Grammar: The work of Mattias Kramer and Johann Joachim Becher", *Historiographia Linguistica* 21, 297-350.
- Unamuno, M., 1886, "Del elemento alienígena en el idioma vasco", *Revista de Vizcaya* I, 259-269 y 295-305. Publicado luego en *ZRPb* 27 (1893), 137-147 y en sus *OO.CC.*, Madrid, 1958, 6, 130 y ss.
- Urgell, B., 1986, "Frai Bartolomeren hiztegi zertxobait", *ASJU* 20: 3, 857-866.
- _____, 1987, "Esku-liburua-ren hiztegi aldaketak: 1. maileguak", *ASJU* 21: 3, 683-708.
- _____, 1991, "Axular eta Larramendi", *ASJU* 25: 3, 901-928.
- _____, 1992, "Martin Harriet Añibarroengan", *ASJU* 26: 1, 221-258.
- _____, 1995, "Atari gisa" in B. Urgell (ed.), *Lardizabal, F.I., Testamentu Zarreko Kondaira*, Klasikoak, San Sebastián, pp. i-lxxxii.
- _____, 1999a, *Larramendiren Hiztegi Hirukoitzaren osagaiez*, Tesis Doctoral de la UPV-Gasteiz (en preparación).
- _____, 1999b, "Añibaroren hiztegiak", en preparación.
- Urkizu, P., 1971, "Introducción" a la ed. del *Tresora birur lenguaetakua...*, *ASJU* 5, 176-177.
- _____, 1989, *Pierre d'Urteren Hiztegia (Londres, 1715)*, 2 vols., San Sebastián.
- _____, 1996, v. Iztueta.
- Urquijo, J. de, 1905, "Los precusores de Azkue", *Euskal-Erria* 53, 283-287 y 409-412.
- _____, 1907, *Obras vascongadas del doctor labortano Joannes D'Etcheberri (1712) con una introducción y notas por Julio de Urquijo e Ibarra*, Paris. Ed. facsímil, *RIEV* 28, Bilbao, 1976.
- _____, 1908, "Notas de Bibliografía vasca", *RIEV* 2, 328-331.
- _____, 1909, "Las citas del diccionario de Pouvreau", *RIEV* 3, 504-519.
- _____, 1910, "Notes d'Oihenart pour le Vocabulaire de Pouvreau", *RIEV* 4, 220-232.
- _____, 1914-1918, "De algunas palabras del diccionario de Azkue", *EEs* 4, 169-170 (*abio-ta, aron*), 180-182 (*ontzoeri, ontzori*); 5, 10-11 (*Tusuri* 'diablo'), 113-115 (*goru* 'rueca'), 161-162 (*xixxo, xixxa, kozina*), 273-275 (*galtza, praka; zaragoil*); 6, 169-170 (*sinhetsi* 'confiar'), 229-232 (*sinhetsi* 'obedecer'); 7, 117-118 (*lurta* 'alud'); 8, 69-70 (*kozinta* 'cuidado').
- _____, 1920a, "¿Existen juramentos y maldiciones en vascuence?", *RIEV* 11, 109-116.
- _____, 1920b, "Otro nombre del árbol en vascuence. *Errexala* 'árbol'", *RIEV* 11, 117-118.

- _____, 1923, "Cosas de antaño", *RIEV* 14.
- _____, 1925, "¿Cuál es el primer texto vasco impreso conocido?", *RIEV* 16, 477-491.
- _____, 1933, "Introducción a la versión española de las *Correcciones y Adiciones* de Humboldt, al *Mithridates* de Adelung", *RIEV* 24, 447-459.
- Urte, P., [1715], v. Urkizu 1989.
- Van Eys, W.-J., 1873, *Dictionnaire basque français*, París y Londres.
- Villasante, L., 1963, *Voces Bascongadas diferenciales de Bizcaya, Guipúzcoa y Navarra, por Fr. Pedro Antonio de Añibarro...*, Bilbao.
- _____, 1964, "Texto de dos impresos sumamente raros de Juan Antonio Moguel", *BAP* 20, 61-73.
- _____, 1973, *Axular-en Hiztegia*, Jakin, Oinati.
- _____, 1979, *Historia de la Literatura Vasca*, 2 ed. (revisada y completada), ed. Aranzazu, Burgos.
- Vinson, J., 1877, "Notice bibliographique relative à l'étude de la langue basque", in F. Ribary, *Essai sur la Langue Basque*, París, 125-151.
- _____, [1891-98], *Essai d'une Bibliographie de la Langue Basque*. Ed. facsímil, con notas de Urquijo, Anejos del ASJU 9, San Sebastián, 1984.
- ___ & Clark, A., 1893-1894, "Vocabulaires basques de Pierre d'Urte", *RLPhC* 26, 312-332, y 27, 28-48.
- Voltaire, 1620 (?), *L'interprète ou Traduction du François, Espagnol & Basque*, A. Rovyer, Lyon (s.d.). *Tresora birour Lenguaietaquá, Francesa, Espagnola eta Hasquara*, Frances Bourdot, Bayona, 1642 (reimpresión de la anterior, según Vinson 1891-1898: 58, n° 12b), etc. Ed. parcial de Urkizu 1971, empleando la 1ª ed. (s.d.) y la 3ª (1684), y completa de Lakarra 1997-1998.
- Webster, W., 1893, "Manuscritos labortanos de P. d'Urte", *Euskal-Erria* 29, 68.
- _____, 1895, *Le dictionnaire Latin-Basque de Pierre d'Urte*, A. Lamaignère (extracto del *Bulletin de la Société des Sciences et Arts de Bayonne*), Bayonne.
- Zavala, J. M., 1856, *Noticia de las obras bascongadas que han salido a luz después de las que cuenta el P. Larramendi*, Impta. De Ignacio R. Baroja, San Sebastián. Tirada de 200 ejemplares a expensas del príncipe L. L. Bonaparte de la que, que sepamos, no se conoce ninguno. Hemos empleado la copia manuscrita del Fondo Urquijo (sig. 7.342).
- Zelaieta, A., 1988, "Rafael Micoleta Çamudio: Modo breve de aprender la lengua vizcayna, Bilbao 1653", *Cuadernos de sección Hizkuntza eta literatura* 7, 133-214.